

EDICIONES BISTAGNE

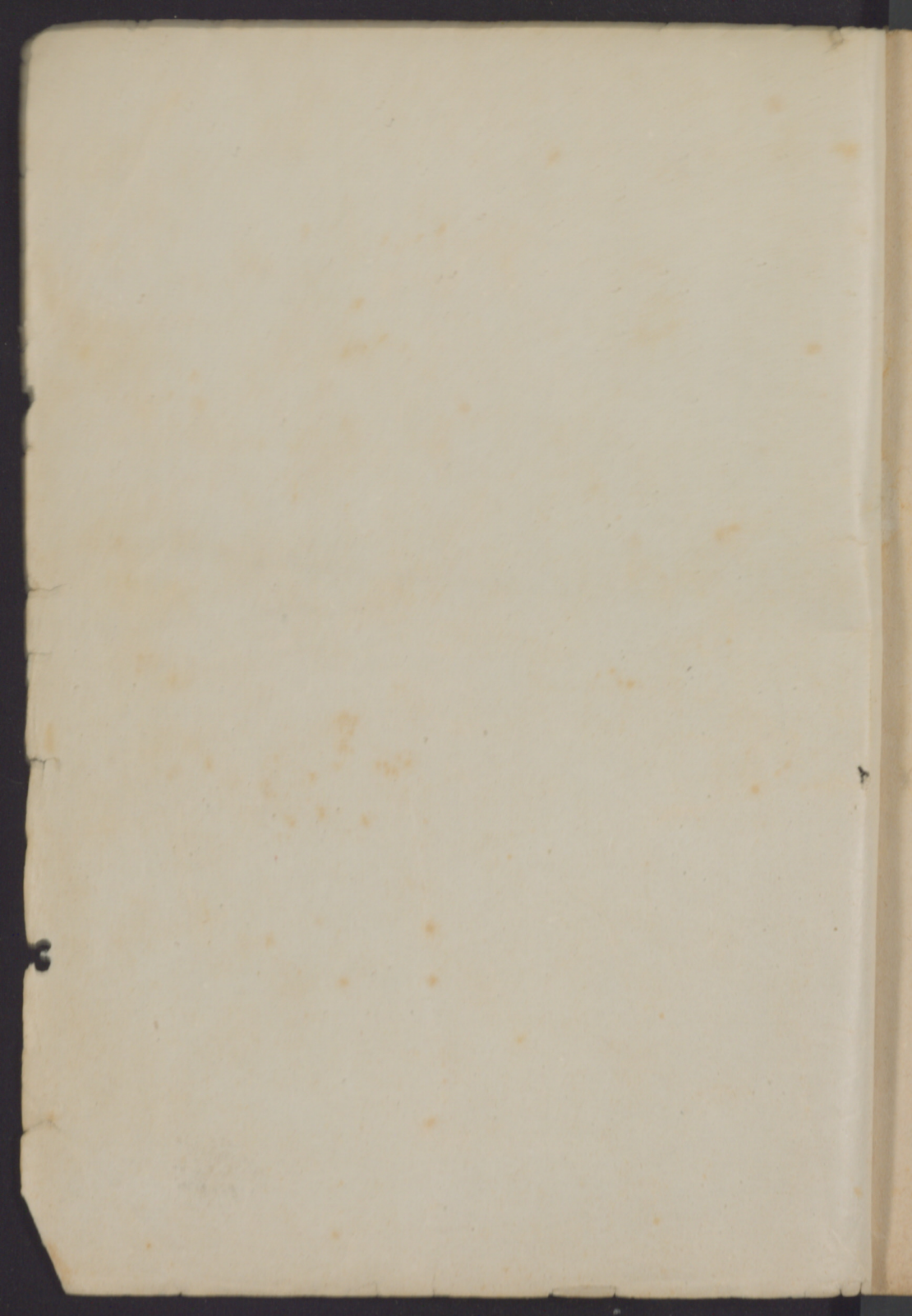
JOSE
MOJICA

HAY QUE CASAR AL PRINCIPE

1pta

CONCHITA
MONTENEGRO
MIGUEL LIGERO
MANUEL ARBO
JOSE ALCANTARA





LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

EDICIONES ESPECIALES

Director: FRANCISCO-MARIO BISTAGNE

Ediciones BISTAGNE - Pasaje de la Paz, 10 bis - Tel. 18551 - BARCELONA

Hay que casar al Príncipe

Opereta cinematográfica, totalmente hablada y cantada en español

Dirigida por LOU SEILER

/

Ea un film FOX

(Oro de ley de la pantalla)

DISTRIBUIDO POR

HISPANO FOXFILM, S. A. E.

Calle Valencia, 280

BARCELONA



Argumento narrado por Ediciones Bistagne

INTÉRPRETES PRINCIPALES

JOSÉ MOJICA

Conchita Montenegro

Manuel Arbó

José Alcántara

Miguel Ligeró

etcétera

Hay que casar al Príncipe

ARGUMENTO DE LA PELÍCULA

I

Cuando más enfrascado estaba el mecánico en su tarea, llamaron a la puerta del taller.

—¡Adelante!—gritó el mecánico sin abandonar el trabajo que le absorbía.

Entró el que había llamado. Era un grave caballero, de porte distinguido y vestido impecablemente.

Al llegar junto al mecánico, el caballero se inclinó.

—Buenos días, señor.

Al oír su voz, el que trabajaba interrumpió su tarea.

—Buenos días, señor consejero.

Y añadió al ver la cartera que llevaba debajo del brazo:

—Ya sé a qué viene usted. Viene en calidad de secretario particular de Cupido.

Hablaba en tono jovial a pesar de que le contrariaba la visita. Y era que aquel joven no sabía hablar de otro modo.

—Vengo a deciros, Alteza—continuó el consejero—, que la paciencia de vuestro padre, el Gran Duque, toca a su fin. Me ha

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

encargado que así se lo diga a vuestra Alteza.

Al ver que echaba mano a la cartera, el príncipe exclamó:

—¡No quiero ver más retratos de mujeres! Estoy harto de esas exposiciones de posibles prometidas. Además, no los puedo mirar ahora porque los mancharía de grasa y sería una lástima.

—¡Qué importa eso! Creo que vuestra Alteza no se percata bien de la gravedad del caso. El Gran Duque insiste en que vuestra Alteza tome una decisión.

—Ya está tomada: llévese esos retratos.

—¡Oh, Alteza! Eso representaría un gran conflicto para mí. Creería el Gran Duque que le he desobedecido.

El tono quejumbroso que el consejero había empleado, inspiró piedad al príncipe.

—Está bien. Veamos esas bellezas—dijo con resignación.

El consejero sacó un retrato.

—He aquí un excelente partido, señor. La condesa Isabel.

Al contemplar el retrato, se

frunció el entrecejo del príncipe.

—Pero ¿esto es una condesa?

—¡Ya lo creo! Un excelente partido.

—Partido en cuatro pedazos.

Y el príncipe devolvió el retrato al consejero.

—Pero, señor... Posee un yate, dos pabellones de caza, tres castillos...

—Y cuatro barbillas.

El consejero sacó otro retrato.

—Ved esta otra. La marquesa de la Sota. Amazona soberbia. ¡Qué arrogancia, qué majestad, para mantenerse sobre el caballo!

—¿De modo—dijo el príncipe muy serio—que la Sota está sobre el caballo? No juego.

Otro retrato.

—La princesa Olga. A esta no le podréis encontrar un defecto, estoy seguro. Vedla. Es una belleza. Como cazadora no tiene rival en todo el mundo. Donde pone el ojo pone la bala.

—De donde se deduce que voy a recibir un balazo, ya que ha puesto los ojos en mí. No me conviene.

HAY QUE CASAR AL PRINCIPE

No quedaban más retratos. El consejero estaba compungido.

—Alteza, presiento que esto tendrá un mal fin. Vuestro padre está realmente abrumado por esta preocupación. Es preciso decidirse.

El príncipe se echó a reír.

—¡Que toda una corte esté pendiente de un niño con los ojos vendados!

—Comprended que...

—No se moleste. La decisión que ustedes me exigen está tomada. No me casaré hasta que encuentre a mi media naranja. Porque ha de saber usted que un príncipe, para esas cuestiones, es tan media naranja como un humilde zapatero.

—¡Oh!

—Puede usted decírselo así al Gran Duque. Y usted me perdonará, pero quiero dejar terminada la reparación del auto antes de que anochezca. Perdóne que no le dé la mano. Le mancharía.

Y el consejero no tuvo más remedio que marcharse mientras el príncipe volvía a entregarse a su democrática tarea de repasar el motor de su 100 H. P.

* * *

Aquel palacio ducal de Sylvania parecía uno de esos castillos de leyenda donde hay princesas que se mueren de amor o valerosos príncipes guerreros.

El cuerpo principal del palacio se levantaba majestuoso en lo más frondoso de la campiña, y cerca, pero aislado, estaba el pabellón donde el príncipe Alexis vivía su vida independiente.

El príncipe detestaba tanto las fiestas y ceremonias cortesanas como amaba sus automóviles y la mecánica en general. Pasaba buena parte del día en su garage repleto de autos de todas clases, enfundado en un traje de mecánico y luchando con los motores.

Después se lanzaba por los caminos de Sylvania para probar los coches que había limpiado y reparado con objeto de que respondieran bien al acelerador, pues la velocidad constituía una de sus pasiones favoritas.

También dedicaba algunas ho-

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

ras a la lectura y no le faltaba tiempo para los ejercicios gimnásticos y deportivos.

Como había dicho el consejero, esta idiosincrasia de Alexis, que era el príncipe heredero de la corona ducal, tenía sumamente preocupado al Gran Duque, que era inflexible para las cuestiones del trono y creía que el afortunado mortal que se encontraba en el caso de regir los destinos de un pueblo, debía sacrificarlo todo a este augusto deber, olvidándose incluso de que era un ser humano como los demás. A su juicio un príncipe heredero no tenía derecho a sentir por su propia cuenta. Los sentimientos se los imponía el Estado y su única misión era acatarlos. ¿Amar? No a la más hermosa, ni a la que representa el propio ideal, ni a la que ha sido capaz de provocar ensueños e ilusiones, sino a la que conviene al país. ¿Aficiones? Las que exige el convencionalismo cortesano. ¿Costumbres? Las que impone el augusto cargo.

Alexis, en cambio, pensaba y hacía todo lo contrario. Le molestaba lo farsa cortesana y vivía ausen-

te de ella. Mientras se celebraban en palacio comidas de gala, él corría en automóvil por los caminos de Sylvania o se enfrascaba en su trabajo favorito de desarmar y armar el complicado organismo de los motores. ¿Amor? Antes renunciaría a la corona y a todos sus títulos, que casarse con una mujer impuesta por las conveniencias de Estado. Para eso era inflexible. No haría del amor una farsa.

La lucha que en este sentido tenía que mantener era continua, porque Alexis, aparte el atractivo de ser príncipe heredero, tenía otros muchos. El gesto, la palabra, el ingenio, la simpatía, la jovialidad, eran en él preciosas cualidades que se sumaban a otras gracias con que la naturaleza le había dotado. Era alto, elegante, de contextura varonil; tenía una mirada franca y alegre, a veces soñadora, y una sonrisa que era para las mujeres un imán.

En estas condiciones no era extraño que llegaran al palacio ducal retratos de todos los palacios del mundo. El Gran Duque hacía

buena propaganda de la condición de soltero del príncipe, y su imagen, reproducida en multitud de revistas extranjeras, causaba estragos internacionales en los pechos femeninos y aristocráticos.

Pero una de las cualidades del príncipe heredero era la entereza en las resoluciones, lo que daba lugar a tantos desengaños como retratos se recibían en el palacio ducal.

II

Sascha, el fiel criado de Alexis, había escuchado toda la conversación mantenida por el consejero y el príncipe, y tanta contrariedad le produjo, que Alexis lo advirtió con sólo mirar su cara.

—¿Qué te pasa, Sascha? He observado que los retratos producen en ti todavía peor efecto que en mí.

—Es que me apena el pensar, Alteza, que un día u otro tendréis que aceptar a una de esas damas que os acosan.

Alexis rió alegremente.

—No temas, Sascha. Soy prín-

cipe heredero, pero también, y en primer lugar, soy un ser humano... Mira, Sascha. En este mundo sólo hay para mí una mujer: mi ideal. El día en que la suerte la ponga en mi camino, me casaré con ella, lo mismo si es una princesa que una simple campesina.

Sascha se llevó las manos a la cabeza.

—¡Santo Dios! ¡Casarse con una campesina! ¡Qué diría el Gran Duque!

Iba Alexis a contestar, cuando una canción llegó hasta ellos. Era un grupo de gitanos que pasaba

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

cerca, por el camino, entonando un canto de libertad.

El príncipe quedó en éxtasis, atento a aquel coro que llegaba a él mezclado con el perfume de la naturaleza.

—¡Los gitanos! — exclamó—. Oigamos. ¡Ellos sí que son felices!... ¡Libres!... Pueden disponer de su corazón...

Y el espacio se llenó de aquella canción, bella y lejana.

*Canta su alegría el gitano todo el día.
Vaga por doquier sin su patria hallar.
Lleva en su cantar el ardor de alma*
[bravía.

*El mundo sin fin toma por hogar,
su sendero va regando con placer
y su vida es llena de dolor.*

*El gitano nunca quiere a otra mujer
más que a la gitana de su amor.
Canta su alegría el gitano todo el día.
Vaga por doquier sin su alma hallar.
Lleva en su cantar el ardor de alma*
[bravía.

El mundo sin fin toma por hogar.

*Canta su alegría el gitano todo el día.
Vaga por doquier sin su patria hallar.
Lleva en su cantar el ardor de alma*
[bravía.

*El mundo sin fin toma por hogar.
La la la la la la la la la la la.
La la la la la la la la la la la.*

Y cuando aun flotaban en el espacio las últimas armonías del

coro, Alexis cantó sentidamente:

*Yo también tengo un alma que vaga así
y que busca el país de ensueño donde sé*
[que espera un ideal.
Yo también, cual gitano perdido, voy
[hacia el bello miraje de
*un sincero amor que al fin quisiera hallar.
Sé que algún día el camino cruzará.
Sé que algún día estos brazos la tendrán.
Quiero así por la vida tal vez pasar con*
[el alma embriagada,
por un dulce ideal y siempre, siempre
[amar.

* * *

A un lado de la carretera estaba parado un automóvil, el motor al descubierto y el chofer enfrascado en su reparación.

Era el auto de mister Tomson, diplomático y financiero norteamericano.

Mister Tomson daba muestras de impaciencia.

—¡Pero, hombre! ¿Es que no va a acabar nunca?

—Sí, señor.

—¿Que sí que no va a acabar nunca?

—Que sí que voy a acabar.

—Hace dos horas que estoy oyendo lo mismo.

HAY QUE CASAR AL PRINCIPE

—Sí, señor.

—¡Menos "sí señor" y más realidad en el arreglo!

—Sí, señor.

—¡Pues no señor!

—¡No, señor!

—Vaya usted al diablo.

—Sí, señor.

—¡Oh! ¿Cómo es posible que llegue antes del mediodía a palacio?

—¿Acaso es usted amigo del Gran Duque?—preguntó el chofer cesando en su trabajo y perdiendo un poco el respeto al importante cliente.

—Amigo, no—repuso el americano un poco acobardado por la actitud del chofer—. Vengo de Nueva York con el encargo de ayudar al Gran Duque en la solución del problema económico del país.

El chofer tuvo una sonrisa de desconfianza.

—Si resuelve ese problema habrá hecho usted un milagro. El país está al borde del abismo. Por cierto que me interesa hacerle una pregunta: ¿Quién me va a pagar a mí: usted o el Gran Duque?

—Yo.

—¡Ah! La cosa varía. Perdona mi actitud, pero... Usted me comprende, señor. Uno vive de su trabajo y... Bueno, voy a ver si encuentro la causa de la avería.

Y volvió a introducir la cabeza y las manos en el motor.

Pasaba el tiempo y las cosas continuaban igual. Míster Tomson estaba desesperado.

De pronto, apareció por el recodo del camino un auto que se acercaba velozmente.

Un rayo de esperanza pasó por el alma de míster Tomson.

Detuvo al auto.

—Ustedes dispensen, pero necesito estar en la capital antes del mediodía, y el chofer no sabe qué le ha pasado al motor.

El ocupante del coche, joven de faz antipática y mirada burlona, repuso:

—¿Antes del mediodía? Dudo que llegue a tiempo.

Y añadió, dirigiéndose al chofer:

—Adelante, Pedro.

Míster Tomson, indignado por

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

la descortesía y por la burla, exclamó:

—Exijo una satisfacción.

El ocupante del auto, sin abandonar su sonrisa de burla, contestó:

—Soy el príncipe Borio.

Y el auto partió velozmente, destrozando bajo sus ruedas el flamante hongo gris del yanqui, que se le cayera a éste un poco antes.

Míster Tomson se quedó mascullando palabras difíciles de entender.

El chofer dijo:

—¡El príncipe Borio! ¡Buena pieza!

—Conque el príncipe ¿eh? Pues esto le costará al Gran Duque un dos por ciento más en los intereses.

Otra vez cayó la soledad sobre los infortunados viajeros.

Míster Tomson, acostumbrado a la puntualidad norteamericana, veía en aquel percance una de las mayores tragedias de su vida.

Tan preocupado estaba, que no se dió cuenta de que junto a él se detenía un automóvil.

Se enteró al oír que una voz le preguntaba:

—¿Necesitan ayuda?

Se volvió y vió una cara joven y simpática, y un auto de tipo *sport*. Unicamente lo ocupaba su conductor, vestido de mecánico, que era el que había hecho la amable pregunta.

Tomson vió el cielo abierto.

—¡Ya lo creo que necesitamos ayuda! ¡Y tanta!

—Veamos—dijo el mecánico apeándose del automóvil.

Se inclinó para escudriñar en las entrañas del motor y, con un gesto lleno de optimismo, alargó una mano, la tuvo en contacto con el motor unos segundos y en seguida se oyó ese ruido inconfundible que produce un auto en marcha.

Tomson y el chofer se quedaron con la boca abierta.

—Ya está—dijo el mecánico con naturalidad.

—¡Bravo, muchacho!—exclamó Tomson satisfecho y agradecido—¿Vive usted por aquí?

—Sí, señor. ¿Por qué lo pregunta?

—Porque no lo parece.

HAY QUE CASAR AL PRINCIPE

—¡Ah! ¿no?

—Ni remotamente. Me parece usted demasiado amable para ser vecino de aquí. Acabo de conocer al príncipe de Sylvania y me ha parecido peor que un erizo.

—¿Al príncipe Borio?

—Exactamente. Con gente así en las alturas del poder no me extraña que el país esté más pobre que una rata.

—Usted y yo seríamos mejores príncipes ¿verdad?

—De mí estoy seguro.

—¿Y de mí?

Tomson se echó a reír de buena gana.

—¿Dónde ha visto usted que un obrero pueda aspirar a un trono?

—Es verdad... Lo que no puede

usted negar es que soy un buen mecánico.

—Es usted el príncipe de los mecánicos. Tenga.

Se llevó la mano al bolsillo y le ofreció una moneda de plata.

—¡Oh, no! Muchas gracias—rechazó el mecánico.

—¡Bah, bah! No sea tonto y quédese con ello.

El mecánico miró la moneda, se echó a reír alegremente y se la quedó.

—Bueno, gracias.

Y cuando se alejó el auto de Tomson, el príncipe Alexis, que no era otro el mecánico, subió al suyo velozmente, pues aquel paseo no tenía otra misión que fijar la velocidad máxima de su nuevo coche.

III

Gracias a la ayuda del providencial mecánico, mister Tomson pudo llegar al mediodía a palacio.

Estaba en el hall donde el criado le dejó mientras anunciaba su llegada al Gran Duque.

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

Tomson, como hombre práctico y de visión rápida, comprobó muchas cosas durante los minutos de espera. El hall estaba decorado con un lujo severo, lo que probaba la seriedad del Gran Duque Constantino, cosa muy importante para la misión que llevaba a míster Tomson a Sylvania. Hacer un préstamo a un país gobernado por una persona seria, es mucho más conveniente que hacerlo a una persona rica. Así pensaba míster Tomson, cuyo rigor para las cuestiones de dinero llegaba al límite.

Al príncipe Borio, en cambio, no le habría prestado ni medio dólar. No sólo porque le había abandonado en medio del camino cuando le pidió ayuda, sino porque en el auto de Borio iba una dama con aspecto inconfundible de cocotte. De modo que el príncipe era mujeriego, y, como míster Tomson tenía la convicción de que el mujeriego es además bebedor, y el bebedor es además aficionado al juego, y el que juega pierde, y el que pierde no tiene dinero, y el que no tiene dinero no paga, he aquí por qué habría preferido lan-

zar los dólares al mar que prestarlos al príncipe Borio.

Todo esto estaba pensando mientras esperaba al Gran Duque, cuando levantó la cabeza al azar y sus ojos se tropezaron con un retrato del príncipe Borio. No pudo evitar que sus puños se contrajeran con un movimiento de rabia y que después se dirigieran hacia el retrato amenazadoramente:

—¡Imbécil!—exclamó—. ¡Me has de pagar lo que me has hecho esta mañana!

Aun no había terminado de proferir la dura frase, cuando se dió cuenta de que no estaba solo en el hall. Se volvió y vió al Gran Duque que le miraba muy afable y sonriente.

Míster Tomson quedó un poco confuso.

—Perdone si...

—Está usted perdonado—repuso el Gran Duque jovialmente—. No es usted la primera persona que detesta a mi sobrino.

Al mismo tiempo, le tendía la mano afectuosamente.

—¿Ha dicho usted "sobrino"?

HAY QUE CASAR AL PRINCIPE

preguntó míster Tomson—. ¿Luego no es el príncipe heredero?

—¿Mi hijo? ¡Quíá! ¡Buena diferencia va de uno a otro! Como de la noche a la mañana. Ya conocerá usted a Alexis y entonces podrá comparar. Pues, por lo visto, conoce usted ya al príncipe Borio.

—Ya lo creo que le conozco. Y supongo que su hijo no será tan mujeriego como él.

—¿Mujeriego? ¡Ojalá!

—¿Eh?

—Quiero decir que no se pre-ocupa lo más mínimo de la mujer y ya va siendo hora de que piense que un hombre solo es una cosa incompleta en la vida.

—Eso es otra cosa. Hay mujeres y hay mujeres. Y hay amores y hay amoríos. ¿De modo que el príncipe heredero no quiere nada con las faldas?

—El príncipe heredero sólo tiene una afición que le obsesiona y absorbe todos sus pensamientos.

—¿Cuál es?

—La de los automóviles. Se pasa los días enteros metido en el garage luchando con los motores

de sus autos de carreras. Y creo que sólo le interesaría la mujer que tuviera ocho cilindros y un carburador, si esto fuera posible.

Hablando, habían llegado al despacho del Gran Duque y en este momento entró Alexis para saludar a su padre.

—Llegas a tiempo, hijo mío— exclamó el Gran Duque—. Quiero presentarte a míster Tomson.

—¿Es acaso el famoso adivino Tomson?

—No. Es un banquero y diplomático neoyorquino que viene a tratar de las condiciones de un préstamo para nosotros.

—Encantado, señor Tomson.

El príncipe le tendía la mano, pero Tomson no se atrevía a tomarla, tan asombrado estaba al reconocer en Alexis al simpático mecánico que le había ayudado generosamente a reparar la avería del auto que le traía a Sylvania.

¡Y le había dado un dólar!

Dominado aún por la confusión y la sorpresa, estrechó la mano del príncipe, el cual se marchó riendo, después de decir humorísticamente a Tomson que había tenido

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

mucho gusto en conocerle y que, por bien de su país, deseaba fuera tan generoso para las grandes cantidades como para las pequeñas.

Además, el banquero advirtió que Alexis, al darle la mano, había depositado en la suya un dólar.

Comprendió que le devolvía la propina y se apresuró a guardarse la moneda antes de que se diera cuenta el Gran Duque.

—¿Qué le parece?—preguntó el Gran Duque al azorado Tomson.

—Que puede usted estar orgulloso de su hijo.

—¿Verdad? Todos dicen lo mismo.

—Llano, simpático y trabajador. ¡Admirable! Pocos príncipes hay en el mundo capaces de mancharse las manos con la grasa de un automóvil. Y, mucho menos, de arreglarlo.

—¡Vaya si los arregla! No hay mecánico en la capital que pueda competir con él.

—¡Dígamele usted a mí!

—¿Lo sabía usted?

—Sí... Es decir, basta mirarle a la cara para comprender que es un hombre inteligente. Y un

hombre inteligente tiene que ser muy torpe para no saber arreglar un motor de automóvil.

—Si es torpe no es inteligente.

—Es verdad. He querido decir que un hombre torpe sólo puede arreglar un auto inteligente. Digo... Bueno ¡caramba! que no sé lo que digo.

—No se esfuerce, míster Tomson. Lo he comprendido ya.

—¿Qué ha comprendido usted, que no sé lo que me digo?

—¡Oh, no! Lo que quiere usted decir.

—¡Ah! Bueno, volvamos a lo que interesa... Realmente, me complace mucho que el príncipe heredero sea simpático y laborioso. Es una buena garantía para la operación. Pero... hay un gran inconveniente.

—¿Cuál?

—El de su fobia femenina.

—¡Eh, alto! No se trata de fobia. El príncipe posee una capacidad amatoria ejemplar, estoy seguro. Pero esa capacidad duerme por ahora, vencida por la pasión de la mecánica.

—Tanto monta.

HAY QUE CASAR AL PRINCIPE

—¿A caballo? No, casi nada.

—No es eso. Digo que da lo mismo. El caso es que su hijo no piensa en casarse y, si no se casa, eso constituirá un grave obstáculo para el arreglo de la operación.

—¿Por qué?

—Eso lo sabe usted tan bien como yo. Un país gobernado por un monarca soltero no ofrece a nadie garantías. Un hombre casado es siempre mucho más prudente que un hombre soltero. En mi país eso tiene mucha importancia. Las casas que venden artículos a plazos, lo primero que hacen para entregar el aparato de radio, la máquina de escribir, etc., etc. es enterarse de si el individuo es casado o soltero. Al casado se le entrega el aparato o la máquina sin vacilar. Al soltero, en cambio...

—Pues es un error. El objeto que está en casa de un casado tiene muchas más probabilidades de romperse que el que está en casa de un soltero, porque ya sabe usted cómo solucionan las diferencias la mayoría de las mujeres.

—Mi querido Gran Duque, el

asunto es de tal importancia que no admite chirigotas.

—Amigo Tomson, perdone si le he ofendido con esa prueba de confianza, pero me ha sido usted sumamente simpático y...

—A la recíproca, Gran Duque, pero si se cree usted que esta mutua simpatía ha de servirle para llevar a feliz término la operación, está usted muy equivocado. El negocio a un lado y la amistad a otro.

—Soy de la misma opinión.

—Lo celebro, porque he de decirle que una inversión en estas condiciones la considero arriesgada y...

—Creo que usted exagera, querido Tomson. El muchacho...

—Simpatiquísimo, sí. Reúne todas las condiciones que un rey necesita para hacer felices a sus súbditos, pero eso no me hace cambiar de opinión.

—Oiga, oiga, amigo mío...

—Es inútil que trate de convencerme. Cuando se case su hijo hablaremos del préstamo. Antes, no.

—Pero...

—¡Antes, no!

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

—Es que...

—¡No, no y no!

Y añadió con tono amable:

—Dicho sea con todos los respetos y simpatías que me inspira el Gran Duque Constantino.

El Gran Duque hizo una mueca de indiferencia como queriendo decir: "¡Pamplinas!"

Y hubo una pausa. Durante ella tanto el Gran Duque como Tomson reflexionaron...

IV

—¿Pero a usted, querido Gran Duque, no se le ha ocurrido pensar que el príncipe ya no tiene edad de permanecer soltero?

—Vaya si se me ha ocurrido.

—¿Y por qué no ha procurado hacerle rectificar?

—¿Quién le ha dicho a usted que no he procurado?

—Pues no comprendo...

—Menos lo comprendo yo. ¿Sabe usted cuántas posibles esposas le he presentado esta semana?

—¿Acaso cinco millones?

—¡Ahí va! Ustedes, los neoyorquinos, son millonarios para todo.

—Bueno, X esposas. ¿Y qué?

—Que ninguna ha conseguido sacarle de su indiferencia.

Tomson quedó pensativo.

—Y diga usted, ¿qué clase de mujeres le ha presentado?

—Sobre eso no hay nada que decir. Le he presentado la crema de la realeza, lo más rancio y lo más azul que hay en el mundo femenino.

—¡Ahora lo comprendo todo! —exclamó mister Tomson.

—¿Qué dice usted?

—Que yo hubiera hecho lo mismo.

HAY QUE CASAR AL PRÍNCIPE

—¿Lo mismo que yo?

—No, lo mismo que el príncipe.

—¿Por qué?

—Querido Gran Duque, veo que tiene usted muy poco mundo para las cuestiones amorosas.

—¡Caramba! Hemos quedado que eso son cosas de mujeriegos.

—No hace falta ser mujeriego para tener un poco de *pesquis* psicológico. Yo soy un financiero ¿verdad?

—Sí ¿qué?

—Pues que yo no me hubiera casado nunca con una corredora de bolsa ni con nada que oliera a finanzas. Las finanzas constituyen mi trabajo, la lucha diaria, la parte espinosa de la vida. El amor, en cambio, es un sublime recreo para el alma, y, como tal, no voy a buscarlo dentro de lo que constituye la prosa de mi vida, porque entonces me parecería igualmente prosaico y desprovisto de atractivos. Alexis vive en un ambiente de realeza, está empapado de realeza. No quiera darle usted más realeza porque lo empachará.

—Todo eso está muy bien. Pe-

ro ¿qué quiere usted que le dé a un príncipe?

—Cualquier cosa que no sea principesca: una mecanógrafa, una aldeana.

—¡Oh, un príncipe no puede casarse con una aldeana ni con una mecanógrafa!

—No pretendo que se case.

—Pero ¿no decía usted antes que era preciso casar a Alexis?

—Sí, pero no con una mecanógrafa.

—Pues eso es lo que le digo.

—Usted no me comprende.

—¡Claro que no!

—Pues yo voy a hacerme comprender.

—Que Dios le inspire.

—Oigame, querido Gran Duque. Usted mismo ha dicho antes que la capacidad amatoria del príncipe está aletargada. ¿Por qué? Porque hasta ahora ha carecido de estímulo. Lo primero que hay que hacer es despertar esa facultad que duerme. ¿Cómo? Presentándole a la mujer capaz de despertarla. ¿Dónde hay que buscar a esa mujer? No precisamente entre lo rancio ni entre lo azul,

sino entre lo rojo, lo vital, juvenil, humano, retozón y...

—*Mecanográfico.*

—Puede ser una mecanógrafa, puede ser una modistilla, puede ser...

—¡Etcétera!—exclamó el Gran Duque alegremente—. Querido Tomson, me parece que usted no dedica todas sus actividades o las finanzas. Sabe demasiado de otras cosas.

—¡Oiga, oiga, yo soy un hombre serio!

—¡Quién lo duda! Pero, a veces, está uno empachado de seriedad y...

Le dió un golpecito cariñoso en el vientre y la seriedad de mister Tomson estuvo a punto de sucumbir.

—Bueno, aquí lo único que nos importa es buscar a esa mujer.

—¿Dónde?

—Eso digo yo ¿dónde?

—Ha de ser fuera de palacio.

—Por supuesto.

—Y si pudiera ser fuera de Sylvania, mejor.

—En efecto.

—La cosa se complica.

Mister Tomson se dió un golpe en la frente.

—Ya está.

—¿Sí?

—Oiga. ¿Usted ha estado alguna vez en París?

El Gran Duque vaciló un momento. Por fin se decidió a ser franco:

—Pues sí, he estado en París, y sé por dónde va usted.

—¡Oh, París!—exclamó mister Tomson soñadoramente.

—¿Que si he estado? Pero ¿no me lo nota usted en la cara? ¿No comprende que la causa de esta alegría es el recuerdo de aquella vida deliciosa, de aquellas mujeres subyugadoras, de aquellas...?

—*¡Vive la France!*

—¡Hurra!

El Gran Duque, volviendo de pronto a la realidad, miró a un lado y a otro temeroso de que alguien le hubiera oído.

—Creo que nos entusiasmos demasiado, amigo Tomson.

Pero el austero yanqui había perdido la serenidad completamente.

—Es que cada vez que hablo de

HAY QUE CASAR AL PRINCIPE

París se me ríen los huesos... Oígame. Es una idea magnífica. Iremos o París, emporio del amor y de la alegría, para buscar la mujer capaz de *despertar* al príncipe.

La perspectiva de aquel viaje volvió a entusiasmar al Gran Duque.

—¡Oh, es una gran idea!

—Ya lo creo.

—Vaya si encontraremos la mujer que le haga perder la cabeza. Yo me comprometo a buscarla.

—¡La buscaremos entre los dos!

—¡Naturalmente!—exclamó el

Gran Duque sintiéndose veinte años más joven—. Pero no tomaremos a la primera que se presente.

—¡Qué disparate! Ni a la segunda.

—Hemos de elegirla entre veinte, treinta, cuarenta...

—Cincuenta, sesenta, cien...

—¡Oh! ¡El Louvre!... Luxemburgo!... ¡Versalles!... ¡La Torre Eiffel!...

—Montmartre, el Casino, el Folies...

—¡La caraba!

—¡Viva la juerga!

V

París. Montmartre. Una noche.

El Gran Duque Constantino y Tomson habían llegado a ser dos verdaderos camaradas. Sólo faltaba que se tuteasen.

El estado de ánimo de uno y otro era muy distinto al que la ac-

titud de ambos había dejado entrever en el palacio ducal de Sylvania.

Allí parecía que se iban a comer a la Ville Lumière. Aquí la Ville Lumière se los comía a ellos.

Especialmente el Gran Duque,

estaba demostrando menos decisión que un adolescente recién llegado de la aldea. Y es que, había tenido un poco de desgracia.

En su primer paseo por la población se habían tropezado una legión de *grisetas* que salían de su taller. El Gran Duque se sintió un poco confundido al verse de pronto rodeado de tanta cara joven, alegre y bonita, pero eso no fué nada comparado con lo que experimentó cuando una de ellas le dió un tirón de los bigotes y las demás celebraron la ocurrencia con grandes carcajadas.

El Gran Duque se tuvo que refugiar en un portal, de donde Tomson, regocijadísimo, fué a sacarlo.

La risa del americano sentó muy mal al Gran Duque Constantino.

—Usted se ríe porque no lleva bigote, pero ojalá le saliera una barba que le arrastrara por el suelo.

—¡Vamos, Tino! En París no hay derecho a ofenderse por nada.

Tomaron un autobús. Con aquel democrático proceder, el Gran Duque quería alejar toda posibi-

lidad de que sospecharan su verdadera condición. Sería horrible para su país que se corrieran las voces de la misión un poco celestinesca que le había llevado a la Ville Lumière.

En el autobús no había más que dos asientos libres y Tomson se apresuró a ocupar el mejor, es decir, el que estaba al lado de una muchacha joven y bonita, dejando al Gran Duque el que lindaba con el de una cuarentona pintarrajeada y con pretensiones.

El Gran Duque era bastante voluminoso y el asiento bastante estrecho. De modo que al pasajero le fué imposible evitar que una de sus rodillas tocara involuntariamente la de la viajera en un viraje demasiado rápido del coche.

La viajera dió un salto, como movida por un resorte y arrojó sobre el Gran Duque un torrente de improperios. ¡Había ofendido gravemente a una dama! ¡Podía dar gracias a que no le acompañaba ninguno de sus adoradores, pues cualquiera de ellos le habría matado en el acto! Era impropio de

HAY QUE CASAR AL PRINCIPE

sus años aprovecharse de las estrecheces para aprovecharse en otro sentido.

El Gran Duque, más colorado que un pimiento, trataba de pedir excusas, pero no daba pie con bola. Por decir "viraje" dijo "voltaje" y "garage" y por decir "perdón" dijo "pericón".

Todos los viajeros se pusieron en pie para gozar del espectáculo y el Gran Duque no encontró más salida que la de lanzarse del autobús en marcha, lo que le valió un respetable revolcón.

Al anochecer fué terrible. Mujeres de catadura sospechosa le hacían guiños de inteligencia, y algunas, no contentas con eso, le daban tirones de la americana o pellizcos en las manos.

Tomson se desternillaba de risa.

—¡Pero, hombre, Tino! ¿Qué las das?

Y estas burlas ponían al Gran Duque fuera de sí.

—¡Como me siga usted jerin-gando, esta misma noche emprendo el regreso!

—Allá usted. Yo ya le he di-

cho que si no hay esposa no hay préstamo.

Está razón convencía infaliblemente al Gran Duque, que terminaba haciendo protestas de amistad.

Y así fué cómo llegaron a Montmartre, y así fué cómo llegaron a la puerta del "Cabaret de la Muerte".

* * *

Hacemos este aparte porque el "Cabaret de la Muerte" merece una descripción.

Cuando estaba vacío, ni el cabaret ni la muerte se veían por ninguna parte. Era acaso la vivienda más pacífica de Montmartre, isla de paz en el bullicio, remanso en la corriente.

Los "apaches" proyectaban comidas en el campo para el domingo. Ellas, las amantes de los "energúmenos", zurcían medias o hacían ganchillo. Detrás del mostrador, el dueño repasaba los libros y estudiaba la forma de ahorrar dos francos de luz a la semana, mien-

tras su bendita esposa daba la merienda a los pequeñuelos o les tomaba la lección.

Pero a la puerta siempre había un guardián que cuando entraba alguien daba una voz.

Entonces se producía la desbandada. Ellos y ellas echaban a co-

rrer a ocultarse detrás de las cortinas, y en el salón sólo quedaban un par de infelices que antes hablaban de ir a pescar con caña y ahora adoptaban una actitud de ferocidad capaz de quitar el sueño a cualquiera.

Y empezaba la farsa...

VI

Ante este cabaret vinieron a detenerse Tomson y el Gran Duque.

Tomson era partidario de entrar. El Gran Duque, en cambio, creía más prudente alejarse de allí a cien por hora.

—¡Pero hombre, Tino! ¿Es que tiene usted miedo?

—Ya sabe usted que no es miedo. Tengo bien acreditado mi valor. Es prudencia.

—Deje usted eso para Sylvania y decídase a entrar.

—Es que me parece que aquí no encontraremos lo que buscamos.

—¡Usted qué sabe!

—Lo supongo.

—No soy de su opinión.

—Ni yo de la suya.

En este debate estaban enzarzados, cuando se vieron rodeados por una heterogénea multitud. Era un grupo de turistas a cuya cabeza iba un francés de voz cavernosa que no cesaba de lanzar gritos. Se veía a la legua que era el guía.

Levantó éste los brazos reclamando silencio y dijo con voz estentórea:

—¡Señoras y señores! Estamos

HAY QUE CASAR AL PRINCIPE

ante el cabaret de la muerte, el antro más terrible del mundo apache. Las estadísticas acusan un promedio de doce puñaladas diarias en este lugar. En invierno los crimines disminuyen, pero en primavera, cuando la sangre hierve, esto es un río de sangre. Vamos a entrar. ¡Vamos a entrar!

Los turistas no comprendían por qué gritaba tanto aquel hombre, pero el portero lo comprendió muy bien y dió a la compañía la voz de alerta.

Algunos turistas se opusieron a jugarse la vida tan estúpidamente, pero el guía los animó.

—Viniendo conmigo no hay nada que temer. Estoy acostumbrado a tratar a esta gente. ¡Adentro!

Algunos se resistían aún, pero la mayoría era partidaria de entrar y se impuso en seguida a gritos y empujones.

De súbito, Tomson y el Gran Duque se vieron arrollados por la ola humana. En vano protestó e imploró Constantino. Cuando pudo librarse de la ola ya estaba en el interior del cabaret, cogido al cuello de una turista que le arrojó

de un empujón a los brazos de Tomson.

El Gran Duque paseó una mirada de terror por el recinto y cuando ya comenzaba a tranquilizarse al no ver a ningún ahorcado colgado del techo, se encontró con la miraba furibunda de los dos pescadores de caña.

De tal modo le flojearon las piernas, que tuvo que sentarse.

Tomson se sentó también.

—Pero ¿qué le pasa a usted, amigo Tino?—le preguntó riendo.

El Gran Duque le indicó con un movimiento de cabeza dónde estaba la causa de su inquietud y vió cómo la risa se apagaba en los labios de Tomson cuando sus ojos se tropezaron con los de los pescadores de caña.

—Pero ¿qué le pasa a usted, amigo Tomson?—inquirió entonces el Gran Duque, remedando al americano.

—La verdad es que tienen dos caras que hasta en Carnaval producirían terror.

—¡Ay, amigo Tomson! ¿Dónde nos hemos metido?

—¿Nos “hemos”? Nos “han”, Gran Duque, nos “han”.

Los turistas estaban también sobrecogidos. Había un silencio sepulcral. Se podían oír los pasos de una hormiga.

De pronto, en aquel silencio, se oyeron estas palabras pronunciadas con voz ronca y femenina:

—¡Esto se acabó! ¡No volverás a jugar con el corazón de una mujer! ¡Toma, canalla!

Un grito desgarrador y las cortinas rojas que estaban junto al mostrador se abrieron, dejando ver la faz desencajada de un apache.

Sus manos crispadas, se asían desesperadamente a las cortinas y, con voz entrecortada, murmuraba palabras ininteligibles.

En su pecho, había una gran mancha de sangre.

El silencio entre los turistas era ahora menos sepulcral. Se oían rumores de inquietud. El Gran Duque y Tomson se miraban aterrados.

El herido quiso dar un paso y rodó por el suelo.

Arrastrándose, casi llegó a los

pies del Gran Duque que se preguntaba por qué no se le había ocurrido tomar otra dirección.

Entonces apareció entre las cortinas rojas la autora del desafuero.

Tenía ese aspecto inconfundible de amante de apache que tan bien conocemos gracias a las cupletistas. Un pañuelo en el cuello, boca muy roja, ojos oscuros, cuerpo fino y elástico. Vestido ceñido y negro.

Sus labios se quebraban con una mueca horrible. En la mano llevaba un puñal que goteaba sangre.

Paso a paso, se acercó al cuerpo del amante herido. Le empujó con el pie.

El murmuró con voz agónica:

—¡Ivette! ¡Ivette!

Y, por toda respuesta, Ivette le dió un segundo puntapié al mismo tiempo que una sonrisa feroz se dibujaba en sus labios.

De pronto, sus ojos se volvieron hacia el pianista.

—¡Toca, imbécil!—ordenó.

Y el pianista empezó a tocar un aire de danza apache.

Se volvió a encarar con el caído.

—¡Levántate, canalla!

HAY QUE CASAR AL PRINCIPE

Y, ayudado por ella, el cuerpo del herido pudo recobrar la posición vertical.

Parecía un fardo. La cabeza se le doblaba sobre el hombro de Ivette. Y, al compás de la musiquilla apache que el pianista ejecutaba, Ivette empezó a bailar.

Fué una visión espeluznante, de pesadilla. El apache, haciendo un esfuerzo desesperado, conseguía arrastrar los pies al compás de los de su amante. De vez en cuando, lanzaba un gemido que ella ahogaba con un insulto.

Por fin, sonaron los últimos compases y él, como si con la música se le escapara la vida, fué resbalando de entre los brazos de Ivette y cayó al suelo.

Ella se quedó mirando aquella masa inerte. Y la masa dió de pronto nuevas señales de vida. Una de sus manos, crispada y nívea, avanzó y arañó el suelo como si quisiera hundir las uñas en el pavimento buscando dónde asirse. Avanzó la otra mano para hacer el mismo movimiento. Y, por fin, comenzó a arrastrarse, a avanzar centímetro a centímetro.

Llegó a las cortinas rojas y desapareció tras ellas.

Entonces sólo se oyeron sordos estertores que se fueron apagando poco a poco.

* * *

Ivette estaba aún en medio del salón, dirigiendo a un lado y a otro miradas despreciativas y con el puñal sangrante en la mano,

En su tedioso vagar, sus ojos se detuvieron sobre el Gran Duque. Le miró fijamente, con una sonrisa de burla.

Paso a paso, con movimientos elásticos e indolentes, llegó hasta él y arrojó sobre la mesa el puñal ensangrentado.

El Gran Duque se estremeció.

Ivette lanzó una ronca carcajada y se dirigió a una mesa cercana, donde se sentó a fumar.

El Gran Duque no pudo contestar cuando Tomson le preguntó si estaba asustado y los dos guardaron un silencio lleno de meditaciones diferentes.

El Gran Duque miraba a Ivet-

te, aquella criatura bella como un bibelot y feroz como una pantera.

Tomson sólo tenía ojos para el puñal que había sobre la mesa. Le llamaba la atención el extraño color de aquella sangre. Una sospecha le había asaltado de pronto. Poco a poco, alargó la mano, cogió el puñal, se llevó la hoja a las narices, la olió.

La expresión de sospecha se intensificó en su rostro. Pasó la yema del índice por la hoja y se llevó el dedo a los labios.

Paladeó el ingrediente y no pudo reprimir una carcajada.

—¿Qué pasa?—preguntó el Gran Duque asustado.

—Salsa de tomate—contestó Tomson lacónicamente.

—Entonces ¿todo ha sido una comedia?

—Pura filfa. Antes de salir, el apache se ha volcado en el pecho la mitad de la salsera y la otra mitad la ha empleado Ivette para pringar la hoja del arma.

—¡Oh!—exclamó el Gran Duque con la alegría del que despierta de un horrible sueño—. Hay

que reconocer que son grandes artistas.

—¡Ya lo creo! Sobre todo la muchacha. Es sencillamente genial.

El Gran Duque miraba a Ivette sonriendo. Ya no le importaban sus muecas feroces ni sus actitudes apachescas.

—¿No le parece a usted—preguntó de pronto el financiero—que una muchacha así es lo que nosotros necesitamos? Bonita, joven, excelente actriz. El papel que ha representado es mucho más difícil que el que tendría que desempeñar cerca del príncipe.

—Sin duda, sin duda.

—Vamos a hablarle.

Tomson la llamó. Se acercó Ivette y ocupó el asiento que le ofrecían.

—Es usted una actriz excelente—dijo Tomson.

—Muchas gracias.

—Esa facultad puede valerle algunos miles de dólares.

Ivette le miró con desconfianza, y Tomson, que, como buen americano, estaba acostumbrado a ata-

HAY QUE CASAR AL PRINCIPE

car los asuntos francamente y sin rodeos, añadió:

—Esos miles de dólares se los ofrecemos nosotros.

—Gracias. No acostumbro tomar dinero de los viejos verdes.

Iba a levantarse, pero Tomson la detuvo.

—Oiga usted. No se trata de ninguna proposición ofensiva. Tenga calma y se lo explicaré todo. Este caballero es el Gran Duque de Sylvania. El Gran Duque tiene un hijo que no se interesa por las mujeres. Los automóviles constituyen su única pasión. ¿Comprende?

—Lo que no comprendo es lo que quieren ustedes que yo haga.

—Despertar sus sentimientos. Una muchacha lista y bonita como usted podría conquistarle fácilmente.

Y, para sorpresa de Tomson y el Gran Duque, Ivette exclamó iracunda:

—¿Por quién me han tomado? Yo soy una actriz, pero nada más. ¿Creen que estaría ganando quince francos si fuera otra cosa?

Su indignación era sincera y esta

circunstancia acabó de entusiasmar a Tomson.

—Me alegro de que sea así. Podrá desempeñar mejor su papel.

—No le proponemos nada deshonroso —explicó el Gran Duque—. Su corazón está dormido. La misión de usted consiste únicamente en despertarlo.

Ivette estaba ya realmente interesada por la proposición.

—Verdaderamente, es para pensarlo.

—Para pensarlo, no; para hacerlo. Por representar una comedia aquí, cobra usted quince francos. Por representarla en Sylvania, nosotros le ofrecemos algunos miles de dólares.

—Pero... quiero precisar bien un punto. ¿Hasta dónde he de llegar?

—Hasta donde usted crea conveniente sin comprometer su dignidad. El príncipe se habrá de casar el día de mañana con una princesa. Usted sólo ha de despertar en su corazón la inclinación por la mujer. Un simple *flirt*.

—La oferta es tentadora.

—¿Acepta?

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

—¿Cuándo habría de comenzar?

—Inmediatamente.

—Pero... necesitaría comprarme vestidos para poder presentarme en los medios aristocráticos, tendría que hacer otros gastos, y la verdad...

—De eso no se preocupe—dijo Tomson echando mano de cartera y poniéndole en la mano un puñado de billetes—. Tenga, para los gastos iniciales.

—Bueno—dijo Ivette, ya venci-

da—. Han ganado ustedes. Pero hagan el favor de darme instrucciones concretas.

—Usted lo que ha de hacer es venir en seguida a Sylvania. La esperaremos en el palacio ducal y le comunicaremos nuestros planes.

—Pero tenga bien presente—dijo el Gran Duque—que ha de guardar el secreto más absoluto. Ni ahora ni nunca este asunto ha de salir de nosotros.

—Por esa parte, pueden estar ustedes tranquilos.

VIII

El príncipe estaba en el palacio arreglando unas cosas para llevárselas a su pabellón, cuando llegaron Tomson y el Gran Duque.

—¡Caramba, qué sorpresa!—exclamó Alexis—. ¿Tan pronto de vuelta?

—Ya lo hemos visto todo, hijo mío.

—¿Qué, señor Tomson? Lo ha pasado bien? ¿Han visto muchas obras de arte?

—Muchas. Aquello es magnífico. ¡Qué cuadros, qué esculturas!...

—Se ve que es usted muy aficionado al arte.

—Tengo un verdadero delirio por él.

HAY QUE CASAR AL PRINCIPE

—Pero ¡oh, Alexis!—exclamó el Gran Duque—. Lo más bello que hemos encontrado en Francia no es un cuadro sino una mujer. Ha prometido venir a visitarnos. ¿Te gustaría conocerla?

—No, gracias. Sé de memoria lo que tú entiendes por belleza en la mujer. Ya me has presentado bastantes.

—Te aseguro que ésta te ha de gustar. Es muy distinta a las otras.

—No me la describas. Me parece estar viéndola. Verrugas, dientes postizos...

—Te aseguro...

—Gracias, gracias... Bueno, he de marcharme. Adiós, señor Tomson.

—¡Pero, hombre! Espera un poco. Hemos de hablar.

—No puedo perder un segundo. Acabo de recibir de Alemania un motor nuevo de dieciséis cilindros. Cuando llegue esa señora...

—Señorita.

—Bien, cuando llegue esa señorita, le dices de mi parte que es muy hermosa, pero que... ¡naranjas de la China!

Y no hubo medio de sujetarlo.

El Gran Duque exclamó con desaliento:

—¡Este hijo mío no tiene remedio!

—Ya veremos qué pasa cuando vea a Ivette—replicó Tomson esperanzado.

* * *

Alexis corría con su nuevo coche a toda velocidad por la carretera de Sylvania, y cantaba un himno a la libertad, mientras los campesinos se detenían en su labor para descubrirse y saludar cordialmente al buen príncipe:

*Así por fin libre me siento.
Del día esta hora es la mejor.
Brilla el sol en todo el firmamento
y envuelve al mundo en su calor.
Correr por estos verdes campos
es mi sola y gran felicidad.
Mi reino entero diera yo
en cambio de esta libertad.
Libre y feliz olvidando contento quién
cual gitano fugaz quiero vagar [soy
y así feliz hacia mi ensueño voy.
Veloz miro el mundo pasar por mi lado.
Mi sola voluntad es mi libertad.
Mi sola voluntad es mi libertad.*

* * *

—¿A qué distancia estamos de palacio, chofer?

—Aun estamos un poco lejos, pero creo que dentro de una hora estaremos allí. Todo depende de la suerte que tengamos.

Era Ivette la que había hecho la pregunta.

El auto corría por los caminos de Sylvania. Era ya de noche.

La obscuridad inquietaba a Ivette. No era nada valerosa a pesar de las horribles tragedias que representaba en el "Cabaret de la Muerte".

—¡Dése prisa!

—La carretera no me permite correr más.

Ivette se reclinó en un rincón del auto con un gesto de contrariedad.

Pasaron algunos minutos. Las sombras desfilaban por los cristales de las ventanillas. Delante, la luz de los faros lamía el camino. De pronto se oyó un trueno que lo estremeció todo.

Ivette profirió un grito.

—¿Qué es eso?

—Que estamos de suerte, señorita. Una tremenda tempestad se cierne sobre nosotros.

Apenas había terminado de pronunciar estas palabras un segundo trueno llenó los campos oscuros, y en seguida, el agua comenzó a azotar la techumbre del coche.

Fué un verdadero diluvio. En pocos minutos la carretera se convirtió en un barrizal. Grandes charcos la interrumpían y por cada cuneta fluía un verdadero torrente.

El auto avanzaba cada vez con más dificultad y, por fin, se detuvo hundiéndose en un bache. Fué inútil todo cuanto el conductor hizo por sacarle del atasco. Tan hundida estaba una de las ruedas delanteras, que sólo asomaba el guardabarro en la superficie de la charca.

Al comprobar esto, el chofer explicó a Ivette:

—He de ir al pueblo inmediato a buscar ayuda.

—Y ¿qué voy a hacer yo mientras?—exclamó Ivette, aterrada.

HAY QUE CASAR AL PRINCIPE

—Espere aquí. Dentro del coche no se mojará.

—¡Oh, no! Yo tengo miedo. No puedo quedarme sola. ¡No, no! De ningún modo.

—Entonces puede hacer otra cosa. Siga carretera adelante. En seguida encontrará un puente. Después de pasarlo, a mano izquierda, hallará una casa. Allí puede pedir refugio.

Comenzó para Ivette un verdadero calvario. Fatigada por el largo viaje, con el estómago vacío, pues no había tomado nada desde media mañana, creyendo que llegaría antes al palacio, muerta de miedo, empapada por la lluvia torrencial, hundiéndose en las charcas y resbalando en el barro, consiguió pasar el puente.

Cuando llegó a la casa estaba tan rendida como si hubiera andado durante un día entero. Un velo cubría sus ojos y la cortina de agua acababa de cegarla. Le

flojeaban las piernas, le zumbaban los oídos, temblaba de frío y de miedo.

Se tuvo que apoyar en la puerta para no caer. Quiso llamar, golpear la madera con la mano, pero sus fuerzas habían llegado al límite y el golpe fué tan suave que era imposible haberlo oído desde el interior.

Gracias a que el olfato finísimo de "Togo", el hermoso perro de Alexis, notó aquella presencia extraña y comenzó a ladrar fieramente abalanzándose sobre la puerta.

El príncipe le siguió.

—¡Silencio, Togo! ¿A qué vienen esos ladridos?

El inteligente animal le dirigió una mirada con la que pareció querer disculparse de su desobediencia, y volvió a ladrar.

Entonces el príncipe se decidió a abrir y el cuerpo de Ivette le cayó en los brazos.

IX

Al ver el rostro pálido de Ivet-te, al notar que estaba calada hasta los huesos, al advertir que se había desvanecido, Alexis comenzó a llamar a voces a su criado.

—¡Sascha! ¡Sascha! ¡Pronto!

Sascha acudió inmediatamente. Se asombró mucho al ver que su señor llevaba en brazos a una mujer.

—¡Oh, Alteza! ¿De dónde la habéis sacado?

—¡Pronto! ¡Prepara mi habitación y dame algo para reanimarla!

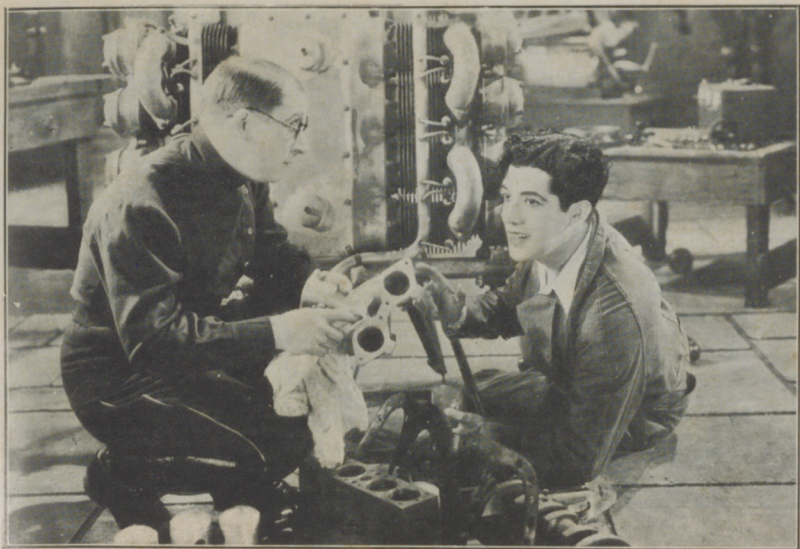
Sascha cumplió las órdenes rápidamente. Mientras iba en busca de las sales, Alexis, que ya estaba en su suntuosa habitación con Ivet-te en los brazos, acercó el rostro de la joven a la luz de la lámpara para verlo mejor.

—Es muy bella—se dijo—, pero está muy pálida y hay que obrar sin pérdida de tiempo.

Sascha había levantado el embozo del lecho. Alexis fué a depositar allí a la enferma, pero se detuvo. ¿Debía acostarla sin quitarle de encima aquellas ropas empapadas? Eso sería peor que haberla dejado bajo la lluvia.

—Para que entre en calor es preciso quitarle estas ropas. Después, las sábanas secas harán lo demás. Si yo tuviéramos una criada la llamaría para que realizara esta delicada operación. Pero sólo dispongo de Sascha, y para que la desnude Sascha, la desnudo yo.

Tras estas rápidas reflexiones puso manos a la obra y cuando Sascha regresó con las sales, Ivet-te ya estaba acostada en el magní-



— ¡Los gitanos! Oigamos.



Pero ¿esto es una condesa?



— ... Está usted encantadora.



— Señorita...



... cuando su emoción llegó al límite fué al sentir las manos de Ivette entre las suyas.



Amorosamente enlazados..



— ¡Démelo! ¡No quiero que sus manos
lo toquen!

Ivette quedó absorta en su desgracia...





Acto seguido, le dió un formidable directo en la barbilla.



— No lo tome tan a pecho su Alteza.



— ... ¡Por las mujeres!



— ¿Están satisfechos de su triunfo?

H
fic
ta
so
de
el
tar
sun
lir
po
las
que
Al
ven
que
com
do
y s
nu
S
que
—
ted
—
aqu
—
ted
has
do
—
3

HAY QUE CASAR AL PRINCIPE

fico lecho del príncipe, tapada hasta la barbilla.

Sascha dirigió a su señor una sonrisa picaresca al ver las ropas de Ivette junto a la chimenea, pero el príncipe le contestó con otra tan terrible, que el criado se apresuró a entregarle las sales y a salir del aposento.

Ivette fué recobrando poco a poco el color de los labios y de las mejillas. Por fin abrió los ojos, que casi se desorbitaron al ver a Alexis. Su estupor aumentó al advertir el lujo de la habitación en que se hallaba y esto no fué nada comparado con lo que sintió cuando levantó ligeramente el embozo y se dió cuenta de que estaba desnuda.

Su azoramiento fué tan grande, que Alexis se apresuró a explicar.

—No tema, señorita. Está usted en casa de un caballero.

—Pero ¿quién me ha traído aquí?

—No lo sé. El caso es que usted ha llegado a mi puerta calada hasta los huesos y que he cumplido con mi deber auxiliándola.

—Sí, sí, pero...

Le daba vergüenza hacer claramente la pregunta. ¿Quién le había quitado la ropa?

—Repito que está usted en casa de un caballero—insistió Alexis—. Ahora lo que tiene usted que hacer es descansar. Mañana será otro día. Si desea algo use el timbre. Tengo un sueño bastante ligero.

Y se retiró rehuyendo nuevas explicaciones.

* * *

—Buenos días, Sascha.

—Buenos días, Alteza.

El príncipe se acercó al balcón y comprobó a través de los cristales que seguía lloviendo.

Se frotó las manos alegremente.

—Esto lleva trazas de no acabar nunca—dijo el criado con disgusto.

—¿Te refieres a la lluvia?

—Sí, Alteza.

—Entonces lo que debemos lamentar es que termine.

—No me explico cómo dice eso su Alteza. Siempre le ha moles-

tado la lluvia porque es el peor enemigo del automovilismo.

—Bien, bien, menos comentarios y a preparar el desayuno en seguida.

—Ya está preparado, Alteza.

—Mejor que mejor. Pero oye, Sascha, hasta nueva orden suprimo la ceremonia y el tratamiento. Soy un simple teniente, el teniente Eric Sandro. ¿Entendido?

Sascha dirigió una mirada a la puerta de la habitación ocupada por Ivette y contestó:

—Al cabo de la calle, mi teniente.

.
.

—El desayuno está preparado, señorita...

—Me llamo Ivette.

—Y yo Eric, teniente Eric Sandro.

Puso sobre la cama uno de sus batines.

—Me temo que le va a venir un poco grande, pero no tengo otra cosa.

—Seguramente, porque me lleva usted dos palmos, señor... ¿Cómo es su apellido?

—Nada de señor. Llámeme Eric para que yo pueda llamarla Ivette. Me encanta su nombre.

—Está bien, Eric. Muchas gracias.

—Pruebe también a utilizar estas zapatillas. Son del 41. ¿Qué número calza usted?

—El 34.

—Entonces me temo que con una zapatilla va a tener bastante. Ivette se echó a reír.

—Es usted muy amable.

—Sí, he tenido una amabilidad zapatillesca.

—Ustedes, los oficiales, siempre están de buen humor.

—¿Le molesta?

—Al contrario, me encanta.

—Entonces, vístase a prisa y venga al comedor. Mientras nos desayunamos le contaré cosas muy graciosas.

.
.

—Es muy bonito este comedor. Tiene usted una casa muy lujosa.

—Poca cosa...

—¡Nada, nada, es preciosa!

—Está a su disposición.

—Muchas gracias, pero sólo

HAY QUE CASAR AL PRINCIPE

faltaría que le echara a usted a la calle. Le estaría bien empleado por ser excesivamente generoso.

—¿Qué sabe usted de mi generosidad?

—¿Cómo no he de saber si estoy acogida a ella?

—¡Bah! La generosa fué usted al venir a buscar cobijo en esta casa.

—No quiero atribuirme lo que no me corresponde. Vine sin saber adónde venía. Si antes hubiera encontrado la caseta de un peón caminero, allí me hubiera metido.

—Pero, dígame: ¿qué hacía a esas horas en estos lugares desiertos, sola y bajo la lluvia?

—Iba en auto y tuvimos una avería.

—¡Ah! Iba usted en auto... hacia la capital.

—Usted quiere saber adónde iba ¿verdad?

—¡Oh, no! Sería demasiado indiscreto.

—Comprendo su curiosidad y voy a decírselo. Iba al palacio del Gran Duque.

—¿Al palacio?

—Sí. Creo que es una maravilla.

—Para el que le gusten los palacios—contestó Alexis con un gesto de desdén.

—Parece que no es usted entusiasta de las bellezas de Sylvania.

—En Sylvania no hemos tenido bellezas... hasta que llegó usted.

—Muy bonito. ¿Lo tenía preparado? Galanterías así no se improvisan. A buen seguro que lo ha ensayado muchas veces.

—Nunca ante persona tan encantadora.

—¡Basta! Ahora tomemos el desayuno.

—Tomemos el desayuno.

.
.

—Creo que debería volverme a la ciudad.

—Con esta lluvia no puede irse a ninguna parte. Por lo menos, habrá de esperar a que el temporal amaine.

—Sí, pero...

—Pero ¿qué?

—Estoy abusando de su hospitalidad.

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

—Bien sabe usted que para mí es un placer ese *abuso*.

—¿Entonces?...

—Debe quedarse aquí hasta que cese la lluvia.

—¿Puedo?...

—No se trata de poder, se trata de querer. Usted debe preguntarse: ¿Quiero?

—Eso no necesito preguntármelo.

—¿Por qué?

—Porque ya lo he hecho.

—Y ¿qué respuesta ha obtenido?

—Que sí.

.

—¿Cuánto cree usted que durará el chaparrón?

—Estos chaparrones suelen durar una semana.

—¿Una semana?

—A veces más.

—¡Oh!

—¿Qué hay detrás de esa exclamación?

—No puedo permanecer aquí tanto tiempo. Usted lo debe comprender.

—No comprenderé nada si no me lo explica.

—¿Qué he de explicarle?

—Por qué no puede permanecer aquí tanto tiempo.

—Es un poco difícil de explicar.

.

—¿Insiste en marcharse mañana?

—Sí. Ya llevo aquí tres días. Demasiado tiempo para estar a solas con un hombre joven y simpático. Demasiado tiempo para estar segura.

—El honor de una mujer siempre está seguro bajo la custodia de un caballero.

—Siempre que ella tenga la suficiente entereza de ánimo.

—¿Acaso usted no la tiene?

—Por ahora, sí. Pero mañana... ¡quién sabe!

—¡Oh, Ivette! No se vaya.

—Es preciso.

—Me sentiré muy solo.

—Como siempre.

—Después de haber gustado su compañía la soledad ha de parecerme horrible.

HAY QUE CASAR AL PRINCIPE

—Empieza usted a perder la entereza. ¿Cómo no quiere que la pierda yo que soy una débil mujer?

—¡Pues sí, sea! He perdido la entereza de ánimo. Y es que... la amo.

Trataba de rodearla con sus brazos, pero sin violencias. Por eso a ella le fué sumamente fácil rechazarlo, cosa que también hizo con afectuosa suavidad.

—Trate de olvidarme por ahora, Eric. Yo también me siento atraída hacia usted... quizás más de lo conveniente. Es usted el primer hombre de verdad que he conocido... Pero tengo que marcharme. No puedo retrasar mi partida. He contraído un compromiso que he de cumplir.

—¿Otro hombre?

—No.

—¿Entonces?

—¡Por favor! No me pregunte. He de cumplir lo prometido. Despúes...

—Después ¿volverá a mí?

—Sí, volveré.

—¿Me lo promete?

—Se lo juro.

—¿Quién canta?

—Los gitanos.

—Es una bella canción.

—Una canción de libertad.

Estaban en el jardín, bajo la noche, bajo el cielo despejado de nubes y perfumado de estrellas.

La canción de los gitanos se oía a lo lejos.

*Errante voy.
Golondrina fugaz yo soy.
En el mundo el gitano
vaga siempre y contento
en su vagar, cantando va
y si canta feliz está.
A la luz de la luna
sabe que su amor sonriente
va a encontrar.*

—Hermosa canción—exclamó Ivette soñadoramente—. Canción de amor y libertad.

—Sí, de amor y libertad. Yo también sé una. Óigala. En este momento será mi corazón más que yo el que cante.

Y en la noche despejada voló el canto de Alexis hacia los ámbitos del ensueño.

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

Quién me diría que al fin un día tendría
[que ver

mi caro ideal tomar la forma de mujer.
Tanto soñé que hoy me parece que no

[es real el contemplar
lo que he forjado en el ayer.

Un día en silencio llegaste hasta mí.

El amor de mi vida te di.

Noche tras noche en mis sueños te vi.

Y al despertar es realidad. Tú estás
[aquí.

Si la vida es sueño quiero entonces soñar.

Mi sueño es realidad y al contemplarte
[así a mi lado

percibo el murmurar de cierta oculta
[melodía.

Te hallé en la oscuridad y fuiste tú la
[luz del día.

El mundo entero canta en mí. Es la
[felicidad.

Mi amor completo existe en ti. Mi
[sueño es realidad.

Es realidad, es realidad...

Y aun flotaba en el espacio la
emoción de aquel canto cuando se
despidieron.

X

Tomson y el Gran Duque estaban desesperados.

—Me temía que iba a ocurrir esto—decía Tomson—. Bonito negocio. Le entregué dinero de mi bolsillo y ahora no comparece. La culpa la tengo yo por ser demasiado generoso.

—Claro que tiene usted la culpa, querido Tomson. Usted fué

el inventor del plan. Usted lo pensó y usted lo hizo.

—Pero por bien de usted, viejo cascarrabias.

—¿Cómo se entiende? Está usted hablando con el Gran Duque de Sylvania. Otra expresión de ese género y doy por terminadas las negociaciones.

—A mí ¡plim!

HAY QUE CASAR AL PRINCIPE

—¿Eh?

—Claro. Las negociaciones le interesan a usted. A mí me tienen sin cuidado.

Convencido por esta razón de peso, el Gran Duque dijo en tono más suave:

—Bueno, bueno. Dejémonos de tonterías. Lo que interesa es averiguar qué ha sido de la muchacha.

—¿Otro viajecito a París? ¡Ah, viejo verde!

—No se trata de hacer otro viaje a París. Y le agradeceré, amigo Tomson, que use expresiones menos vulgares.

—¿No hemos quedado en que eso son tonterías? A ver: ¿Cómo vamos a averiguar el paradero de la muchacha?

—Pues...

No tuvo tiempo de terminar la frase. Un criado le había interrumpido.

—Alteza...

—¿Qué pasa?—replicó el Duque con muy malos modos—. ¿No te tengo dicho que hoy no estoy para nadie?

—Es que se empeña en hablar

con su Alteza. Dice que su Alteza la está esperando.

—¿Eh? ¿Cómo?—inquirió el Gran Duque con vehemencia.

—Eso dice.

—Pero ¿cómo se llama? Pronto, el nombre.

—Ivette.

—¿Ivette?

—Sí, Alteza.

—¡Cuerno! digo yo. ¿Y qué haces que no la dejas pasar?

—Alteza...

—¡Demonios! ¡Que pase en seguida!

Entró en seguida Ivette, mirando asombrada a un lado y a otro. El palacio era realmente algo maravilloso, más de lo que había podido imaginar allá en los cuartos del "Cabaret de la Muerte".

Tomson no le dió tiempo ni siquiera para saludar.

—Si se descuida usted, llega cuando el príncipe hubiera estado casado.

—Lo siento mucho—se disculpó Ivette—. Surgió un obstáculo imprevisto. No estaba en mi mano el remedio.

—¡Bueno, bueno!—intervino el

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

Gran Duque—. Ahora que está aquí, manos a la obra. Ya hemos perdido bastante tiempo.

Ivette, al advertir que aquellas palabras iban dirigidas contra ella, se irguió altivamente.

—Oiga, oiga. ¿Con quién se cree que está hablando? ¿Con una duquesa?

—Perdóneme. Hoy estoy un poco nervioso. ¿Vió usted a mi hijo?

—No tengo la menor idea de cómo es.

—Mañana lo sabrá. El estará en el casino. Allí nos encontraremos todos. Le diremos a usted quién es y lo demás es cosa suya.

—Perfectamente. Mañana iré al casino. ¿Tienen alguna instrucción más que darme?

—Ninguna. Usted ya sabe lo que ha de hacer una mujer para conquistar a un hombre.

—Pero él es un príncipe.

—Tiene más de hombre que de príncipe. ¿Verdad, Tomson?

—¡Oh! Es la democracia y la

simpatía personificadas. Le será sumamente fácil.

—Sólo he de advertirle una cosa—añadió el Gran Duque—. Es bastante tímido para las cuestiones de faldas, debido a su alejamiento de ellas. Mucho tienta para no asustarle.

—Perfectamente.

—Pues eso es todo.

—Cumpliré mi cometido lo mejor que pueda.

—Que Dios la inspire.

—¿Dios?—inquirió Tomson picarescamente—. Esas inspiraciones se las puede proporcionar mejor el diablo.

Y mientras acompañaban a Ivette hacia la puerta del vestíbulo, el príncipe Borio sonreía muy satisfecho de lo que acababa de oír sin testigos.

Era ingenioso el plan concebido por el Gran Duque, pero no tendría nada de particular que él lo malograra... ¡Con lo bonita que era Ivette!

XI

Al día siguiente, en el casino, Borio esperaba la aparición de Ivette, una de las mujeres más sugestivas que habían pisado el suelo de Sylvania.

En el umbral de la sala de juego, Tomson se acercó a saludarla. Vestía con mucha soltura y distinción un traje elegantísimo y sencillo al mismo tiempo. En sus actitudes y en sus movimientos había una depurada gentileza. Estaba, en fin, hecha una gran dama.

Tomson se alegró mucho al comprobar estos detalles que tanto habían de facilitar su tarea y de contribuir al éxito de los diabólicos planes.

—¡Admirable! Está usted encantadora. Creo que le bastará una noche para dar al traste con la prevención del príncipe.

—Muchas gracias. ¿Ha venido ya?

—Sí. Está en el jardín. Venga y lo verá.

La condujo a una ventana y señaló uno de los veladores que había en el jardín. Ante él, de espaldas, estaba sentado el príncipe heredero.

—¿Ve usted aquel simpático joven, vestido de uniforme, que toma un helado?

—¿Simpático? No es posible deducir la simpatía de una persona por su nuca.

—Bueno, he querido decir gallardo.

—Tampoco puedo apreciar su gallardía viéndole sentado.

—¡Es que yo lo he visto de pie y de frente, caramba!

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

—En resumidas cuentas que aquél es el príncipe.

—Ni más ni menos.

—Pues ya puede marcharse. No le necesito para nada.

—Muchas gracias por la amabilidad.

El príncipe Borio, que ya había visto todo lo que quería ver, se escabulló.

La muchacha merecía toda clase de sacrificios. Ahora sólo tenía que esperar la oportunidad para lanzarse al ataque.

Y la oportunidad se presentó mucho antes de lo que esperaba.

Sascha se había acercado a Alexis y Alexis se fué con él en dirección al campo de tiro.

Rápidamene, Borio se hizo cargo de la situación y comprendió el partido que podía sacar de ella.

Se sentó en la silla que acababa de dejar vacía el príncipe heredero.

Como el uniforme de Alexis era muy parecido al suyo, Ivette no se daría cuenta del cambio. Y para reforzar esta posibilidad, Borio adoptó la misma postura que te-

nía su primo, según pudo ver desde la sala de juego.

En efecto, Ivette tomó a Borio por el príncipe heredero. Se dirigió a él lentamente y, al pasar por su lado, dejó caer su pañolillo de encajes con todo el disimulo de que una artista tan hábil como ella era capaz.

El viejo ardid produjo su efecto. ¿Cómo no había de producirlo si Borio no quería otra cosa que caer en la trampa?

Se inclinó a recogerlo. Se levantó.

—Señorita...

Ella se volvió, tomó el pañuelo que le devolvía Borio y exclamó fervorosamente:

—¡Oh, príncipe! Muchas gracias.

—¿Cómo? ¿Me conoce usted?

—¿Quién no conoce al apuesto príncipe Alexis?

—Señorita, estoy confuso ante tanta amabilidad. ¿Me hace el honor de sentarse un rato conmigo?

—Con mucho gusto.

Se sentó. Borio se dió cuenta de que había olvidado el detalle de la

HAY QUE CASAR AL PRINCIPE

timidez y, para rectificar, estuvo un buen rato en silencio.

Tuvo que ser ella la que reanudara la conversación.

—Siempre tuve deseos de conocer a un príncipe, a un príncipe auténtico. ¡Es tan novelesco!

—¡Por Dios, señorita! Creo que su imaginación la lleva demasiado lejos.

—¿Cree usted que puedo sufrir un desengaño?

—Hace usted unas preguntas muy difíciles de contestar.

—¿Acaso tiene novia vuestra Alteza? ¡Oh, me gustaría conocerla! ¿Se parece a mí?

El príncipe Borio simuló una sonrisa de azoramiento, pero Ivette, que tenía la convicción de haberle gustado, no se detuvo ante aquella circunstancia. Lejos de eso, se mostró más acosadora y vehementemente.

—Dígame: ¿cómo se enamora a un príncipe? ¿Se pasea con él a la luz de la luna y se besa su mano, hincada la rodilla en el suelo? ¿O quizás para lograr un beso suyo se escala los muros de su castillo,

tomando por únicos testigos a las estrellas?

“La pobrecilla se cree que me está tomando el pelo—se dijo Borio—y no sabe que de esta va a salir calva.”

—Si la señorita me perdona—dijo fingiéndose muy azorado—tengo un compromiso en la ciudad.

—¿En la ciudad? Precisamente voy hacia allí. Le dejaré que me acompañe hasta el hotel Ritz.

—Es que... no es ese mi camino.

—¡Qué lástima!

Y al ver que el príncipe iba a tomar su automóvil, Ivette tuvo que recurrir a una nueva mentira.

Lanzó un grito y, cojeando, se abalanzó sobre Borio.

—¡Ay, ay! Me he torcido un pie.

—Entonces no puede usted andar.

—Claro que no.

—Tendrá que subir a mi coche.

—Claro que sí.

—Necesita que la acompañen al Hotel Ritz.

—Naturalmente.

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

—Y que la ayuden a llegar a su habitación.

—Por supuesto.

—Perfectamente. Suba usted.

La ayudó a subir y cuando Ivette esperaba que el príncipe subiera tras ella, vió que cerraba la portezuela y que daba al conductor la orden siguiente:

—Esta señorita se ha hecho da-

ño en un pie. Conduzca el automóvil con mucho cuidado, y, cuando llegue al Hotel Ritz, ayúdela a subir a su habitación.

—Pero ¿no viene usted conmigo?—inquirió Ivette sacando la cabeza por la ventanilla.

—Mañana iré a verla, a las cuatro en punto.

Y, a un gesto de Borio, el auto partió.

XII

El Gran Duque vió que Tomson entraba lleno de alegría.

—¿Sabe usted algo?

—¡Oh, mi querido Tino! Me he enterado de todo lo que pasó esta tarde. Hasta se han citado para mañana. Alexis le cedió su automóvil. Ivette cree que cuando vaya tomando confianza y desapa-

rezca la timidez, estará en disposición de casarse con una duquesa, y con veinte duquesas.

—¡Bravo! Decididamente somos dos hombres muy inteligentes, sobre todo yo.

—Gracias por la parte que me toca. Pero oiga, ¿no le parece que la opinión de Ivette es insuficiente?

HAY QUE CASAR AL PRÍNCIPE

—¿Qué quiere usted decir?

—Que debíamos ir a ver al príncipe.

—¿Para qué?

—Para ver por él mismo qué impresión le ha producido la muchacha.

—Es una buena idea.

—Entonces, manos a la obra.

* * *

—Sascha ¿a qué hora dijo que vendría?

—A la una en punto, Alteza... ¡digo! mi teniente.

—Pues ya es la una.

—En este momento acaba de sonar.

—¿En este momento? Me parece que ha pasado ya un siglo.

—Señor... mi teniente, le veo más preocupado que de costumbre desde que se ha convertido en un simple oficial.

En este momento se oyó la bocina de un auto y el príncipe salió al jardín y lo cruzó corriendo hasta llegar a la verja.

¡Era Ivette!

Había sido puntual. Había cumplido con su palabra. Había demostrado a Alexis que era cierto que correspondía a su interés.

Todo esto conmovió profundamente a Alexis, pero cuando su emoción llegó al límite fué al sentir las manos de Ivette entre las suyas y aquella dulce mirada fija en sus ojos.

No llegaron a la casa. Se quedaron en el jardín.

Amorosamente enlazados, desgranaron, palabra a palabra, el poema de su amor.

—Ni una hora, ni un minuto has dejado de estar presente en mi pesamiento y en mi corazón.

—Yo también he pensado, he evocado hechos recientes...

—Un desayuno mientras la lluvia azotaba los cristales del balcón...

—Un adiós en este mismo jardín.

Sascha y un compañero de servicio, al ver que el príncipe no regresaba, espionaron a la pareja junto a una ventana, sin peligro de ser descubiertos.

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

¡Qué cosas vieron! ¡Qué calofríos sentía Sascha ante aquellas demostraciones de amor vehemente! Tan absorto estaba, que no oyó voces a su espalda. Eran Tomson y el Gran Duque. El otro criado, en cambio, sí que los vio y se apresuró a dirigirse a ellos para ponerse a sus órdenes.

El Gran Duque se llevó un dedo a los labios imponiéndole silencio y después de contemplar a la pareja dió con el codo a Tomson.

—Esto no puede marchar mejor ¿verdad?—le dijo en voz baja.

Y Tomson, en el mismo tono, contestó:

—Esa Ivette es una maravilla.

El Gran Duque, encantado y entusiasmado ante la vehemencia que Alexis demostraba, avanzó paso a paso hasta colocarse al lado de Sascha y precisamente en el sitio que antes ocupaba el otro criado.

Sascha continuaba sintiéndose contagiado de lo que veía. Imitaba los gestos apasionados de Alexis y se estremecía con cada abrazo como si realmente sintiera junto al suyo el cuerpo de Ivette.

La escena llegó de súbito a una

elevación pasional insospechada. Alexis sacó un anillo de compromiso y lo colocó en la mano de Ivette.

Ella no pudo reprimir una exclamación de alegría y de ternura y apoyó la cabeza sobre el hombro del amado, que estrechó la cadena de sus brazos en torno del frágil cuerpo y aplastó la boca de Ivette con un beso largo, loco y voraz.

Esto fué demasiado para Sascha, que, sin poderlo remediar, rodeó con un brazo el cuello del Gran Duque, lo atrajo hacia sí y le besó cerca de los bigotes.

El Gran Duque soltó una maldición en voz baja y dió a Sascha un empujón que le hizo volver a la realidad.

Sólo entonces se dió cuenta el vehemente criado de que no era su compañero el que estaba a su lado, sino el Gran Duque, y, al comprobar esto y darse cuenta de lo que acababa de hacer, se quedó tan estupefacto y confundido que inspiraba lástima.

El Gran Duque oyó algo así como una carcajada contenida.

HAY QUE CASAR AL PRINCIPE

Se volvió y vió que Tomson se reía como jamás había visto reír a nadie. Con una mano se tapaba la boca y con otra se sujetaba el costado.

El Gran Duque le preguntó fe-
rozmente:

—¿De qué se ríe usted?

—Del abrazo. Ha sido gracioso.

—Pues a mí no me ha hecho ninguna gracia.

—Lo comprendo.

XIII

Antes de la hora de la cita, llegó Borio a la habitación de Ivette.

Entró sin avisar ni pedir permiso, cosa que extrañó mucho a la camarera.

—La señorita Ivette me ha citado aquí a esta hora—explicó Borio—. No le extrañe mi entrada ni que le suplique que nos deje solos. Somos muy buenos amigos.

La doncella, al reconocer al príncipe, se apresuró a obedecer, saliendo de la habitación.

Ivette llegó en seguida. Tenía conciencia de sus compromisos y los cumplía por enojosos que fueran para ella. Fingir amor a un hombre cuando estaba enamorada de otro era más de lo que en un principio creyera había de hacer, pero había empeñado su palabra y allí estaba dispuesta a cumplirla. Era la hora de la cita. El príncipe le había dicho a las cuatro y las cuatro eran.

Abrió la puerta y la volvió a ce-

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

rrar. Como esto último lo hizo de espaldas, no pudo ver que detrás de la puerta estaba el príncipe, y, absorta en sus pensamientos, comenzó a cambiarse de ropa.

Borio contuvo la respiración y permaneció tan inmóvil como una estatua. No era para menos el cuadro que insospechadamente se le ofrecía.

Aunque no acostumbraba entusiasmarse por nada, en aquella ocasión su oscuro espíritu se rindió ante la belleza de lo que veía. Era una carne pura y blanca, un cuerpecillo fino y esbelto en el que las líneas se unían dulcemente como las notas de una deliciosa composición musical.

Sólo las ropas más íntimas no participaron del cambio. Ivette se dirigió entonces al tocador y comenzó a quitarse las joyas. Entonces, por el espejo, vió al príncipe.

Se revolvió iracunda.

—¿Qué hace usted aquí? ¿Cómo se ha atrevido a entrar de ese modo?

—Bueno, bueno—repuso Borio con una sonrisa—. Basta ya de farsas. Ya has representado bas-

tante el papel de niña inocente. Fuera las caretas y a ser buenos amigos.

Sus manos avanzaban hacia el cuerpo de Ivette, pero ella las rechazó con energía.

—¡No me toque! ¡Váyase de aquí!

—Tenía entendido—dijo Borio burlonamente—que su obligación era hacerse grata a la familia real.

Sus ojos se fijaron con curiosidad en uno de los anillos que Ivette había depositado sobre el tocador y se apoderó de él.

—Dígame, ¿de dónde ha sacado este anillo?

—¡Démelo! No quiero que sus manos lo toquen.

—Si quiere recuperarlo me ha de decir cómo ha ido a parar a usted.

—Pues bien, es de un oficial de la guardia... del hombre con quien voy a casarme. Ahora devuélvame.

Y como Borio no parecía dispuesto a devolvérselo, Ivette exclamó:

—Supongo que el ser príncipe

HAY QUE CASAR AL PRINCIPE

heredero no está reñido con la caballería.

Borio se echó a reír.

—No soy príncipe heredero. El príncipe heredero es la persona que entregó a usted este anillo.

Ivette le miró con incredulidad, pero Borio le mostró la inscripción que en su parte interna llevaba el anillo y tuvo que convencerse.

Quedó anonadada.

—¡Pero si no es posible!—balbuceó como si hablara consigo misma—. Me habló de casamiento. Me ha jurado que me ama...

—Un príncipe puede divertirse con una plebeya, pero nunca hacerla su esposa.

Y Borio subrayó estas palabras con crueldad.

—¡Salga de aquí! ¡No quiero verle!—exclamó Ivette desesperada.

—No es para tanto. Después de todo mi primo no es el hombre capaz de hacer feliz a una mujer que

como usted ha corrido mucho mundo.

—¡Salga de aquí!

—Como usted quiera. Pero si cambia de pensamiento, si quiere gustar de cuantas emociones fuertes pueda ofrecerle Sylvania, no tiene más que llamarme.

Y se fué sin devolverle el anillo.

Ivette quedó absorta en su desgracia, pensativa y triste...

Sonó el timbre del teléfono. Maquinalmente, descolgó el auricular.

Reconoció la voz de Tomson.

—¿Qué, cómo va esa aventura?

—Perfectamente.

—Es usted maravillosa. Después iremos a hacerle una visita. El trono de Sylvania está en deuda con usted.

Ivette murmuró unas palabras que Tomson, a buen seguro, no entendió, y colgó el auricular. De no haberlo colgado, Tomson habría oído sus sollozos.

XIV

Al llegar al club de los oficiales, correspondiendo a la invitación que le habían hecho, Alexis se detuvo en lo alto de la escalera, interesado por lo que Borio estaba diciendo en voz alta.

—Caballeros, este anillo ha llegado a mis manos del modo más curioso que se pueden imaginar. Escuchen, que tiene miga. Un escándalo en el seno del palacio ducal... Parece ser que el Gran Duque confió a una encantadora muchacha la misión de despertar los sentimientos amorosos en el príncipe heredero. Pero bien saben ustedes que mi primo no ha sido nunca experto en cuestiones de mujeres, y naturalmente, ella le conquistó de tal modo, que a los dos días tenía en su poder este anillo.

En esto la conocí yo, y lo de siempre... se desmayó en mis brazos. Resultado, que este anillo, símbolo de eterna fidelidad, viene a aumentar mi colección de trofeos de amor.

El escandaloso relato halló un ambiente propicio en aquella oficialidad caldeada por los vinos generosos y por el ardor de la fiesta.

Risas, murmullos, comentarios...

Pero, de pronto, todos enmudecieron.

Uno había dicho:

—¡El príncipe!

Y todos los rostros se volvieron hacia Alexis.

El príncipe bajó lentamente los escalones, avanzó paso a paso hacia su primo sin apartar los ojos

HAY QUE CASAR AL PRINCIPE

de él y le dijo en voz bien alta, para que lo oyeran todos:

—¡Borio, eres un calumniador y un canalla!

Acto seguido, le dió un formidable directo en la barbilla, a consecuencia del cual, Borio rodó sin sentido por el suelo.

* * *

Alexis se trasladó inmediatamente al hotel, donde Ivette continuaba sumida en un mar de amarguras.

Se quedó anonadada al verle. La cruel sospecha de que Alexis se había enterado de todo pasó por su pensamiento al advertir la dureza con que él la miraba.

—¿Es cierto que fué usted pagada para conquistar mi amor?— preguntó sin rodeos.

Y ella contestó con valiente pero amarga franqueza:

—Sí, Alexis. Es cierto.

Aquellas palabras cayeron como gotas de fuego en el corazón del príncipe. Sin embargo, no sintió rencor ninguno contra Ivette. Por

el contrario, le inspiró piedad aquella actitud de amarga resignación con que había contestado a su pregunta. Era cierta la farsa, pero también era verdad su amor hacia él.

No, no podía detestarla. Pero amarla... eso tampoco. Una mujer que se vendía para representar una comedia de aquella índole, no haría nunca su felicidad.

Murmuró:

—Siento mucho lo ocurrido, Ivette, pero...

—No siga. Lo comprendo. Es lo que merecía por haberme prestado a representar esta farsa.

Y le pareció que la puerta, al cerrarse a espaldas de Alexis, trituraba su corazón entre sus goznes.

* * *

Cuando Alexis regresó al club de los oficiales, estos cantaban alegremente.

También en la caballería—ería armados listos siempre estad; mas ¿de qué sirve? En realidad no hay guerras nunca en

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

la vieja Sylvania.

Marchemos en la infantería—ería.

También en la caballería—ería

armados listos siempre estad; mas

¿de qué sirve? En realidad no hay gue-

rras nunca en
la vieja Sylvania.

Advirtieron entonces la presencia del príncipe y todos cesaron de cantar para saludarle.

Alexis pasó sobre ellos sonriendo tristemente, se sentó a una mesa y comenzó a beber.

Los oficiales le rodearon y continuaron su canción.

Venid aquí rubias o morenas,
vengan todas de cualquier color.
Venid aquí que el soldado espera
alegre el regimiento del amor.
De noche y día queremos combatir
y en alegría triunfar,
gozar, morir.
Venid aquí que el soldado espera
alegre el regimiento del amor.

Un oficial

El hombre que es soldado lleva en sí
[un alma de hierro.]

Coro

¡Jai! ¡Jai! ¡Jai! De duro hierro soy.

Otro oficial

Mas nunca se es soldado si no se hace
[frente al fuego.]

Coro

¡Jai! ¡Jai! ¡Jai! ¡Jai! ¡Jai!

Otro oficial

Fuego es la mujer y a su capricho el
hierro ablanda.

Otro oficial

Pues yo me quiero derretir si es rubia
[quien le manda.]

Coro

Sea en guerra o en paz nos gusta
estar haciendo frente al fuego.
Jai! jai! jai! jai!
Venid aquí rubias o morenas,
vengan todas de cualquier color.

Entretanto, el príncipe bebía copa tras copa.

Un oficial que estaba sentado junto a él, y que ya había pasado de los amores vehementes, se permitió decirle:

—No lo tome tan a pecho su Alteza. Todos hemos pasado por lo mismo.

Y Alexis, como en un momento de clarividencia, contestó:

—Tiene usted razón, amigo mío. La mujer es el fuego y a su capricho el hierro ablanda. La vida, el mundo entero está en sus manos, la mujer lleva consigo el

HAY QUE CASAR AL PRINCIPE

poder que le fué dado, desde el día aquel en que Eva triunfó sobre Adán según la leyenda del Paraíso. La mujer tiene en sus manos la llave de la puerta de la felicidad o del infierno. Todos los ideales, todos los sueños de un hombre, su vida entera, pueden ser ahogados en un mar de desengaño, sólo por el capricho de una mujer. ¿A qué, pues, tratar de descifrarlas si estamos en sus manos? Alegrémonos y tomemos sonrientes la hora de placer que nos brindan.

Y el coro seguía cantando:

*Venid aquí, rubias o morenas,
vengan todas de cualquier color.
Venid aquí que el soldado espera
alegre el regimiento del amor.
De noche y día queremos combatir
y en alegría triunfar-gozar-morir.
Venid aquí que el soldado espera
alegre el regimiento del amor.*

Y el príncipe, cada vez más entusiasmado, o cada vez más deseoso de aturdirse, se puso en pie y levantó su copa.

—Caballeros, un brindis: por las mujeres.

Y todos contestaron:

—¡Por ellas!

XV

Y mientras en el club de los oficiales se desbordaba la alegría, Ivette, en el cuarto del hotel, continuaba paladeando la amargura de su desesperada situación. Todo

se había desvanecido como el humo. En su vida empañada por dolores sin cuento, verdadero calvario que tuvo que subir con la cruz de su abandono, un rayo de luz

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

había venido de súbito a rasgar las tinieblas.

Y he aquí que de pronto aquella luz se extinguía y ante ella volvía a ofrecerse el duro camino del porvenir.

Tendría que volver a los sinietros rincones de Montmartre; tendría que volver a representar la farsa del crimen ante un auditorio que terminaba burlándose de ella y de todos sus compañeros. Tendría...

Pero no, no podría ya. Antes la muerte que volver a aquellas miserias. El "Cabaret de la Muerte" y todos los antros que anteriormente había recorrido poniendo en peligro su honor, que sólo pudo defender gracias a su heroica honestidad, no podían ser ya el medio de su vida futura.

Ahora que había gustado la ilusión de la pureza completa, de un porvenir de paz y de alegría al lado del hombre amado, aquellos rincones que antes le parecieron sólo refugio forzoso de sus desventuras, ahora se alzaban ante su pensamiento como abismos de miseria y de muerte.

¡No y cien veces no! Ella no volvería a aspirar el humo del tabaco fuerte por intrigar a un puñado de turistas. Ella no volvería a bailar aquella repugnante danza cuya sola ficción era un atentado contra las buenas costumbres. Ella recurriría a los más duros trabajos, pero a la luz del sol, antes de volver a aquello.

—¡Alexis, Alexis!—murmuraba con voz que ni siquiera ella oía—. ¿Por qué me engañaste? ¿Por qué permitiste que te amara de verdad cuando sólo por burla iba a amarte?

Se filtraba la luz del ocaso por la ventana abierta y aquel ambiente tibio y gris pareció a Ivette que destilaba amargura.

"París", "Montmartre". En todas partes creía leer este nombre escrito con letras de fuego.

No, no volvería... Antes... ¡la muerte!

Y se miraba sus pobres manos, pálidas y frágiles como rosas de te. ¿Para qué podían servir aquellas manos quebradizas? ¿Qué rudo pero honrado trabajo podrían emprender en adelante?

HAY QUE CASAR AL PRINCIPE

Y, al contemplarlas, creía advertir en ellas un vestigio de las caricias del príncipe, de su príncipe.

—¡Alexis, Alexis!...

Era un susurro, era un gemido destilado por su pobre corazón, herido de muerte por el destino.

* * *

De pronto oyó que llamaban a la puerta.

Se compuso un poco los revueltos cabellos, se empolvó ligeramente los ojos que estaban un poco hinchados de llorar.

Fué hacia la puerta.

—¡Adelante!—dijo sin sospechar quién pudiera ser, sin acordarse de que Tomson y el Gran Duque le habían anunciado su visita.

Sin confesarlo, una remota esperanza de que fuera Alexis había conturbado su corazón.

Pero la puerta se abrió y apareció Tomson, afable y sonriente.

Nunca, esa era la verdad, había

sentido antipatía por aquel hombre, que tenía algo de niño en medio de su gravedad de hombre de negocios americano. Pero ahora, al verlo sonreír cuando su alma navegaba en llanto y su corazón rezumaba amargura, le pareció el hombre más odioso del mundo.

La remota esperanza se había desvanecido. Se dió cuenta de que había ido demasiado lejos en sus ilusiones. Un príncipe, como había dicho Borio, no se podía casar con una plebeya. ¡Qué locura!

Tomson había empezado a hablar. Ella le había dado la mano maquinalmente. Le pareció que el americano decía:

—¡Bravo, bravo!

Pero ella estaba ahora más absorta que nunca en la amargura de sus pensamientos.

Un príncipe no se podía casar con una plebeya. ¡No, hubiera sido una locura!

Pero, si no podía casarse, si no quería casarse, ¿por qué Alexis le había hablado de amor con tanta vehemencia, por qué aquel empeño de que permaneciera a su lado cuando fué su huésped?

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

—Ha estado usted admirable— dijo Tomson.

Ella no supo si contestó. Lo único cierto era que seguía pensando.

¿Habría abrigado el príncipe algún torcido deseo respecto a ella, ocultándolo hábilmente bajo los velos de la caballerosidad y el amor verdadero?

A esto dió su alma una respuesta enérgica y valiente. ¡No! ¡No podía haber pretendido engañarla! Tenía pruebas de ello. Su caballerosidad se había evidenciado desde la noche misma en que le dió hospitalidad. Aquella noche había estado a su merced y había visto más de lo que un hombre debe ver si quiere conservar la seriedad. Sin embargo, sólo se preocupó de reanimarla y de demostrarle que estaba al cuidado de un caballero.

Otra prueba era aquel anillo de compromiso que él mismo había puesto en su mano.

—Estamos muy agradecidos a usted, señorita, y venimos dispuestos a demostrárselo.

Pero, no. Ella no necesitaba pruebas de que el amor del prin-

cipe había sido verdadero. Ella tenía una plena demostración en lo que había visto y oído durante los días que permaneció a su lado y, especialmente, cuando había puesto en su mano el enlace de oro.

¡Oh, momentos inolvidables! Perdida su mirada en los ojos de él, confundidos los alientos y los cuerpos confundidos, él le había jurado amor con un fervor y una sinceridad que no se pueden fingir.

¡No, no necesitaba pruebas para estar persuadida de que Alexis la había amado, y la amaba aún, sinceramente, con amor puro y sin mácula!

No, no necesitaba pruebas de que Alexis se habría casado con ella, porque supo leerlo en su mirada y sorberlo en su aliento.

Era aquella farsa que había representado lo que lo había echado todo a rodar. Era aquella maldita farsa a la que la arrastraron, aprovechándose de su necesidad y de su desventura, el financiero norteamericano y el Gran Duque de Sylvania. Ellos y sólo ellos eran los que habían arrancado de su

HAY QUE CASAR AL PRINCIPE

corazón, desgarrándolo, lo mejor que hubo en él en toda su vida. Alexis, aunque la amara, no podía casarse con una mujer que se vendía para fingir un amor. Era la comedia más baja y más vil que un alma de mujer podía representar.

Tomson seguía hablando. Aquellos pensamientos habían pasado por la mente de Ivette con celebridad asombrosa, como rayos de luz, como sólo pueden pasar los hechos que no están sujetos al molde de la palabra o al lastre de las cosas materiales.

En aquel momento de dolor poseía una gran clarividencia.

—Ahora quisiéramos, abusando de su amabilidad, conocer algunos pormenores de lo ocurrido para darnos cuenta de la situación exacta en que ha quedado el príncipe con respecto a usted.

Ivette miró primero a Tomson y después contempló su propia mano. En ella había un puñado de billetes que no sabía cuándo le dieron ni cuándo tomó.

Los estrujó con un movimiento

de cólera y los arrojó al rostro del americano.

Entonces habló así:

—¿Conque quieren conocer los pormenores, eh? Muy bien, voy a dárselos. Vivía feliz entre los míos cuando me trajeron aquí a jugar con los sentimientos de un hombre... de un hombre que está tan por encima de ustedes dos, que ni siquiera valen para descalzarle. Fueron muy listos. ¡Conocen tan bien las pasiones humanas!... Creyeron que todo se compraba con dinero... Pero se equivocaron. Hay algo que no se compra ni se vende. Con el corazón no se juega. Fueron generosos, sí. Fuí pagada para amar. Pero, por culpa de ustedes, dos corazones se han destrozado, dos vidas quedan rotas... Quiero a Alexis con toda mi alma y él me quiere ¡me quiere! viejos imbéciles. ¡Me quiere! Esa odiosa intromisión ha destrozado dos existencias. Quédense con su maldito dinero... No hay bastante en el mundo para pagar lo que yo he sufrido. ¡Odio hasta la presencia de ustedes!

Tomson y el Gran Duque se mi-

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

raban estupefactos. No sabían como defenderse de aquel chaparrón de palabras y, lo que era peor, de aquel diluvio de aplastantes razonamientos.

—Pero...

—Yo creía...

—Nosotros creíamos...

—Sin duda usted...

—Verdad es...

Estas y otras frases tan desprovistas de sentido fué todo lo que salió de los labios balbucientes de Tomson y del Gran Duque, a los que Ivette había empezado por

confundir arrojándoles los billetes a la cara.

Para Tomson, americano práctico, aquel rasgo era tan comprensible que estaba seguro de que sus amigos no lo creerían si lo contaba. La mujer que obraba así, tenía que estar loca o era una buena mujer.

Dió Ivette una orden rápida por teléfono y salió en seguida de la habitación.

Tomson y el Gran Duque la siguieron.

Pero ella les dió con la portezuela del auto en las narices.

XVI

Entretanto, en el club de los oficiales, el coronel que estaba al lado de Alexis continuaba aconsejándole con su experiencia de hombre maduro y que, como sus compañeros, había sido joven y alegre.

—Creedme señor. Escuchad a

este viejo soldado. Esa cosa mágica que se llama amor no se presenta más que una vez en la vida de un hombre. Por lo que ha dicho vuestro primo y por el proceder de vuestra Alteza, yo lo veo todo con claridad meridiana. Vuestro primo, y perdonad que en vues-

HAY QUE CASAR AL PRINCIPE

tra presencia falte a un superior, ha mentido. Siempre que habla de estas cuestiones miente. Le interesa más satisfacer su vanidad que su caballerosidad y el honor de una mujer. Todos le conocen. Su Alteza, en cambio, no es de los que se equivocan al dar un paso trascendental en la vida. Todos estamos seguros de la prudencia de vuestra Alteza. Todos sabemos que si democráticamente y llevado de vuestra sencillez y generosidad, podéis descender hasta nivelaros con el ser más humilde, vuestro honor y vuestra conciencia no se doblegan con ningún pretexto. Príncipe, yo estoy seguro de que esa mujer que ha recibido de vuestras manos un anillo de compromiso es digna de su Alteza. De otro modo no le habríais hecho obsequio tan grande.

—Así es, amigo mío.

—Pues bien, si no aprovecháis esta ocasión que sólo una vez ha de presentarse en vuestra vida, jamás os perdonaréis. ¿Queréis creerme? Id inmediatamente a hablar con vuestro padre. Pedidle que os dé detalles de todo. Estoy

seguro de que en lo que él os cuente, encontraréis las mejores pruebas de la inocencia y del amor de esa mujer.

Alexis se puso en pie. Ofreció al coronel la mano. La estrechó fuertemente al mismo tiempo que decía:

—Gracias.

Y salió velozmente del club de los oficiales.

* * *

Tomson y el Gran Duque seguían comentando los incidentes ocurridos hacía unos minutos.

—Después de todo—decía el Gran Duque—los dos son jóvenes. A los dos se les pasará con el tiempo. De hoy en un año estarán riéndose de lo ocurrido.

—No sé, no sé.. Y de todo esto sólo saco la conclusión de que somos dos viejos locos, especialmente usted.

—¡Oiga, oiga!

—Se acabaron los disimulos!
¡Quiero hablar claro!

—Si me vuelve a hablar en ese tono habrá terminado nuestra amistad.

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

—Y nuestras negociaciones.

—¡Bueno, bueno! Parecemos dos chiquillos. El caso es que el príncipe ya está preparado. Ahora sólo falta buscar la princesa que...

No pudo terminar. En este momento la puerta se abrió y apareció el príncipe.

—Por su semblante los dos comprendieron que “amenazaba tempestad”.

Alexis les preguntó sonriendo con sarcasmo:

—¿Están satisfechos de su triunfo?

—¡Oh, Alteza!—dijo Tomson un poco asustado—. No se nos pudo ocurrir que...

—...Que pudiera enamorarme ¿verdad? ¡Claro! Como no quise casarme con ninguna de las bellas de museo que aquí se me ofrecían, creyeron que no tenía corazón. ¡Pues lo tengo, señores! ¡Y estoy enamorado! ¡Locamente enamorado!

Estas declaraciones no gustaron nada al Gran Duque.

—Supongo que no te olvidarás de quién eres.

—Acostumbro obrar con arreglo a mi conciencia.

—Pero nuestra tradición... nuestra estirpe...

—¡Al diablo la tradición! Sólo quiero que me digas una cosa: ¿fué Ivette pagada para conquistarme?

—Le ofrecimos dinero, pero nos lo ha arrojado a la cara.

—Después nos ha dado con la portezuela del auto en las narices—añadió Tomson.

—Es todo lo que quería saber. Ahora voy a pedirle que se case conmigo.

El Gran Duque se irguió furioso.

—¿Te das cuenta de lo que eso significa?

—Significa que después de una vida de sujeción, llena de restricciones absurdas, voy a ser al fin libre. Libre para hacer lo que me plazca, para divertirme como se me antoje, para amar a quien quiera. Señores, adiós.

Salió velozmente.

El Gran Duque miraba a Tomson estupefacto.

HAY QUE CASAR AL PRÍNCIPE

—¡Buena la hemos hecho!—exclamó.

—El príncipe tiene razón—repuso Tomson—. Hay que arreglar esto. Lo que hemos hecho con él no está ni medio regular.

—¿Cómo se entiende?—exclamó el Gran Duque muy indignado al ver que Tomson apoyaba a Alexis en su disparatada idea—. Le agradeceré que no se mezcle en mis asuntos de familia. El día en que nació quedó ya predestinado a casarse con una mujer de sangre real. ¡Y eso es precisamente lo que va a hacer! ¿Me entiende?

—En vez de discutir, mejor será que sigamos al príncipe, pues la cosa se ha puesto seria.

* * *

Salieron en automóvil.

Al llegar al pabellón de Alexis, vieron que éste partía en su mejor auto de carreras.

—¡Estamos perdidos! — exclamó el Gran Duque—. Necesitaríamos un aeroplano para alcanzarle.

—Pero, vamos a ver: usted lo que quiere es que la esposa de su

hijo sea de sangre azul ¿verdad?

—Me conformaría con una duquesa.

—Pues haga duquesa a Ivette y asunto concluído.

—¡De ningún modo!

Se había enablado una doble persecución. Alexis trataba de dar alcance a Ivette y el Gran Duque y Tomson pretendían alcanzar al príncipe.

Pero así como éste, corriendo a cien y a ciento veinte por hora, acertaba la distancia que le separaba de Ivette, el auto del Gran Duque iba quedando cada vez más atrás.

En la frontera detuvieron a Ivette para examinar sus documentos y esto dió lugar a que al reemprender el viaje ya se viera en la lejanía, como un puntito rojo, el auto de carreras del príncipe.

Cuando llegó a la frontera advirtió que una valla le cerraba el paso y que los funcionarios que habían detenido a Ivette, se disponían a hacer con él lo mismo.

Pero el príncipe oprimió el acelerador y rompió la valla.

Un soldado se echó el fusil a

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

la cara, pero otro, que había reconocido al príncipe, lo detuvo.

Y un minuto después el auto del príncipe se cruzaba ante el de Ivette.

* * *

Media hora más tarde, Tomson y el Gran Duque llegaron a la frontera. Preguntaron y les dijeron la delantera que el auto de carreras les llevaba.

—Es inútil que sigamos—dijo Tomson—. No hay más solución que hacerla duquesa.

—¡Pues eso no será!

—¡Bueno; ya estoy harto de esta comedia grotesca! Si eso no ha de ser, tampoco será lo del préstamo.

—Pero, amigo Tomson...

—Nada, nada. Si no hay duquesa no hay dinero. Concrete.

Y el Gran Duque contestó en tono de lamento:

—La haremos duquesa, ¡qué remedio!

* * *

Y, entretanto, a más de cincuenta quilómetros de distancia, Ivette y Alexis se habían unido en el mismo automóvil.

Y en la paz del campo se oía aquella canción que nunca cantó el príncipe con tanto sentimiento como ahora:

*Así por fin libre me siento.
Del día esta hora es la mejor.
Brilla el sol en todo el firmamento
y envuelve al mundo en su calor.
Correr por estos verdes campos
es mi sola y gran felicidad.
Mi reino entero diera yo
en cambio de esta libertad.
Libre por fin, olvidando contento quién
[soy,*

*cual gitano fugaz quiero vagar
y así feliz hacia mi ensueño voy.
VeloX miro al mundo pasar por mi lado.
Mi sola voluntad es mi libertad.
Mi sola voluntad es mi libertad.*

FIN

ERRATAS: En la primera canción de la pág. 8, línea 6, dice: *y su vida es llena de dolor*, ha de decir: *y su vida es llena de color*. En la línea 10, dice: *Vaga por doquier sin su alma hallar*, y ha de decir: *Vaga por doquier sin su patria hallar*.

EXCLUSIVA DE VENTA PARA ESPAÑA

Sociedad General Española de Librería,
Diarios, Revistas y Publicaciones, S. A.

Barcelona: Barbará, 16. — Madrid: Ferraz, 21

COLECCIONE USTED

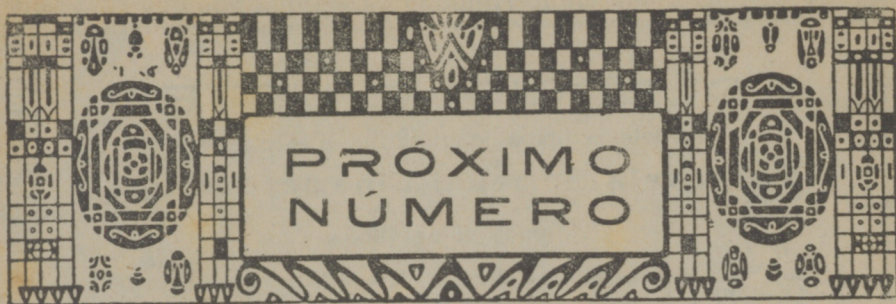
los lujosos libros de las ediciones especiales

La Novela Semanal Cinematográfica

LIBROS PUBLICADOS

La Viuda Alegre.—El Gran Desfile.—Miguel Strogoff o El Correo del Zar.—La princesa que supo amar.—El coche número 13.—Sin familia.—Mare Nostrum.—Nantás, el hombre que se vendió.—Cobra.—El fin de Montecarlo.—Vida bohemia.—Zazá.—¡Adiós, juventud!—El judío errante.—La mujer desnuda.—Casanova.—Hotel Imperial.—La tía Ramona.—Don Juan, el burlador de Sevilla.—Noche Nupcial.—El Séptimo Cielo.—Beau Geste.—Los Vencedores del Fuego.—La Mariposa de Oro.—Ben-Hur.—El Demonio y la Carne.—La Castellana del Líbano.—La Tierra de todos.—Tripoli.—El Rey de Reyes.—La ciudad castigada.—Sangre y Arena.—Águilas triunfantes.—El Sargento Malacara.—El Capitán Sorrell.—El Jardín del Edén.—La Princesa mártir.—Ramona.—Dos Amantes.—El Príncipe estudiante.—Ana Karenina.—El destino de la carne.—La mujer divina.—Alas.—Cuatro hijos.—El carnaval de Venecia.—El ángel de la calle.—La última cita.—El enemigo.—Amantes.—Moulin Rouge.—La Bailarina de la Opera.—Ben Ali.—Los Cuatro Diablos.—¡Ríe, payaso, ríe!—Volga, Volga.—La Sinfonía Patética.—Un cierto muchacho.—¡Nostalgia!...—La ruta de Singapur.—La Actriz.—Mister Wu.—Renacer.—El despertar.—Las tres pasiones.—La melodía del amor.—Cristina la Holandesita.—¡Viva Madrid, que es mi pueblo!—Sombras blancas.—La copla andaluza.—Los cosacos.—Icaros.—El conde de Montecristo.—La mujer ligera.—Vírgenes modernas.—El Pagano de Tahití.—Estrellas dichosas.—Esto es el cielo.—La senda del 98.—Espejismos.—Evangeline.—Orquídeas salvajes.—El caballero.—Egoísmo.—La Máscara del Diablo.—El pan nuestro de cada día.—Vieja hidalguía.—Posesión.—Tentación.—La pecadora.—El beso.—Ella se va a la guerra.—Los Hijos de Nadie.—El pescador de perlas.—Santa Isabel de Ceres.—Las dos huérfanas.—La Canción de la Estepa.—El precio de un beso.—La rapsodia del recuerdo.—Delikatessen.—Del mismo barro.—Estrellados.—Cuatro de Infantería.—Olimpia.—Monsieur Sans Gêne.—Sombras de gloria.—Mamba.—Ladrón de amor.—Molly (La gran parada).—El valiente.—¡De frente... marchen! Prim.—El presidio.—Romance.—El gran charco.—Tempestad.—El Dios del Mar.—Anne Christie.—Sevilla de mis amores.—Horizontes nuevos Ben-Hur (edición popular).—La incorregible.—El malo.—El pavo real.—Bajo los techos de París.—Wu-li-Chang.—Montecarlo.—Camino del infierno.—¡Mío serás!—¡Aleluya!—La mujer que amamos.—Al compás de 3/4.—La princesa se enamora.—Amanecer de amor.—El gran desfile (edición popular).—Du Barry, mujer de pasión.—La viuda alegre (edición popular).—Ángeles del infierno.—Cuerpo y alma.—El impostor.—Esposa a medias.—Esclavas de la moda.—Petit Café

que han constituido otros tantos éxitos para esta Colección, considerada la Biblioteca más amena, selecta e interesante.



La esperada novela

INSPIRACIÓN

por la genial **GRETA GARBO, Lewis Stone y Robert Montgomery**

EN PREPARACIÓN:

El proceso de Mary Dugan

Adquiera V. rápidamente la nueva BIOGRAFÍA-INTERVIU

de **JOSÉ MOJICA**

Con letra de las canciones

El precio de un beso, Ladrón de amor y Hay que casar al príncipe

Se está agotando la 4.^a edición

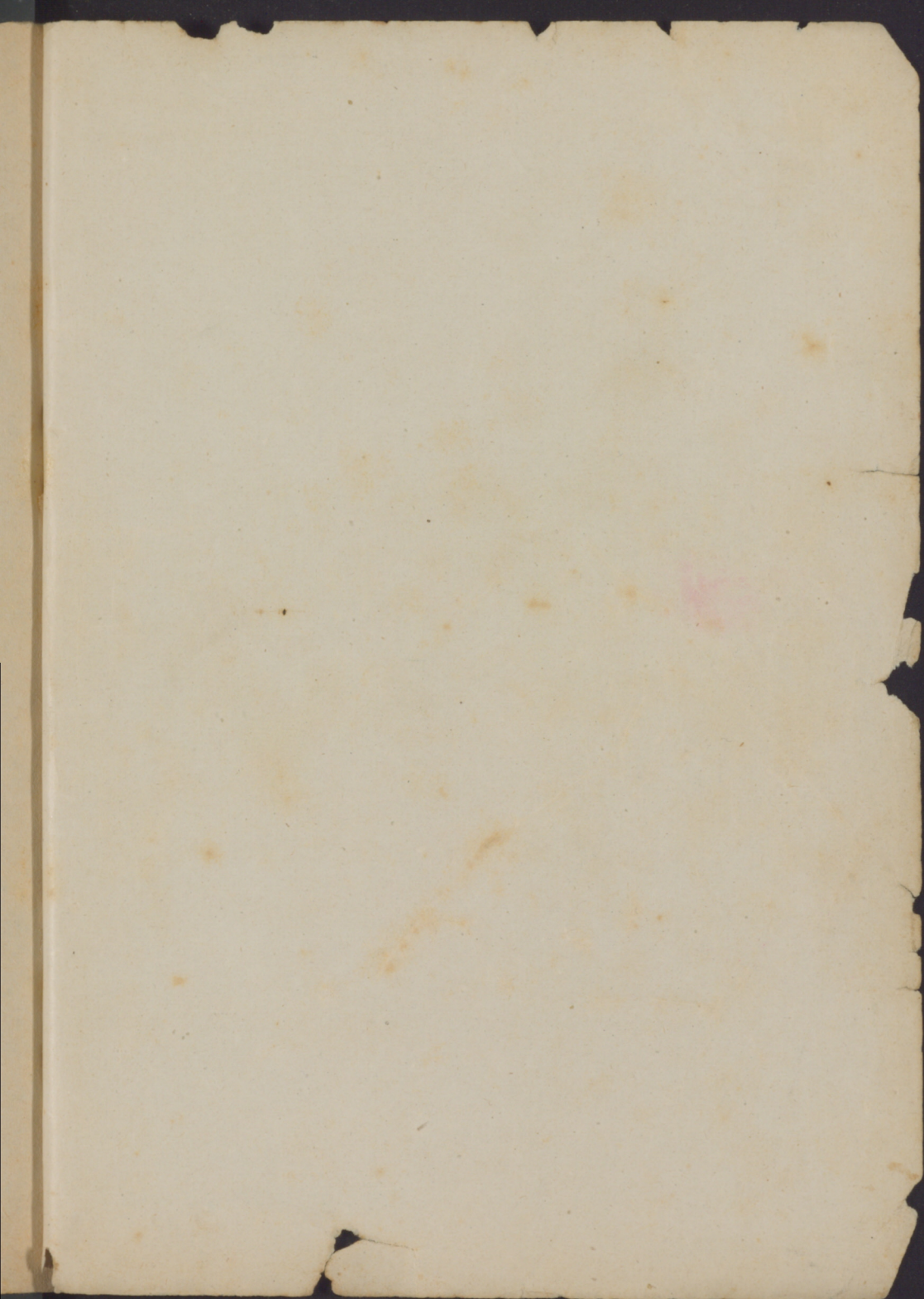
Precio: 50 cts.

Éxito editorial de la colección de asuntos rusos

EL FILM RUSO

Números publicados: El exprés azul, El batelero del Volga, El pueblo del pecado, El espía, La danza roja y Iván, el terrible

Precio: 50 cts.





Precio: UNA peseta